ANTONIO ESTREMERA y LUIS LINARES BECERRA

Agua de Borrajas

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

A los ilustres actores Sres Castilla y Dominguez, con sincero afecto y admiración

Los autores

Madrid 17- Enero 1918.

AGUA DE BORRAJAS

AGUA DE BORRAJAS

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO ESTREMERA y LUIS LINARES BECERRA

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 26 de Diciembre de 1917



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

Al ilustre actor

José Isbert,

en testimonio de entusiasta admiración y profundo cariño.

Los Autores.

A LA COMPAÑÍA DE LARA

Seríamos muy ingratos si no hiciéramos constar aquí la gratitud que os debemos por la maravillosa interpretación que habéis dado a nuestro modesto juguete, llevándonos a un triunfo clamoroso e inolvidable.

Rogamos, pues, al insigne actor D. Emilio Thuillier, director de la Compañía, a quien tan reconocidos estamos por el cariño con que ha montado la obra, se sirva expresar a todos los artistas y especialmente a aquellos que como la ilustre actriz Srta. Pérez de Vargas, interpretaron un papel inferior a su alta categoría, el testimonio de nuestro vivísimo agradecimiento.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NARDITA	Mercedes Pérez de Vargas.
NIEVES	Hortensia Gelabert.
EVELIANA	Margarita Díaz.
DOÑA BÁRBARA	Virginia Alverá.
PROSERPINA	Amalia Sánchez Ariño.
SOFÍA	Eugenia Illescas.
ETELVINA	Carmen Ponce de León.
JUANITA	Elisa Méndez.
CLARA	Emilia Colomo.
TERESA	Rita Lozano.
PONCIO DEL MORAL	José Isbert.
EDUARDO	Luis Manrique.
DON MAX	Francisco Fuentes.
DON LEÓN	Federico Gonzálvez.
DON JEREMÍAS	Miguel Mihura.
FELICIANO	José Mora.
ENCARGADO	Miguel Gómez.
UN CAMARERO	Isaías Rubio.

El primer acto en el balneario de Borrajas.—Los ótros dos, en Soria.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Jardín de un balneario. Al fondo un campo de «tennis». A la izquierda, último término, el edificio del hotel. A derecha e izquierda paseos. Entre los árboles de la derecha una fuente. Muebles de jardín.

—

(Al levantarse el telón, NIEVES, EDUARDO, FELICIANO, JUANITA y CLARA. Vienen corriendo del campo de «tennis». Todos visten el traje característico de este juego y llevan las raquetas en la mano.)

NIEVES ¡Nada, nada! ¡No jugamos más!...

CLARA Son ustedes unos tramposos... ¡Es intolerable!...

JUA. A mí me has escamoteado cinco tantos de una manera innoble.

EDUAR. ¡Pero por Dios, señoritas! ¡No se exalten ustedes!...

FEL. Un tanto más o un tanto menos, da lo mismo.

EDUAR. Es que juegan ustedes muy mal. Dicho sea con toda la galantería posible...

NIEVES Eres aborrecible.

EDUAR. ¡Mujer, que eres mi novia!

NIEVES Pues no me alabo el gusto. (Siguen hablando en voz baja.)

FEL. ¿Y no han hablado ustedes nunca con un hombre tras el enrejado de la raqueta? ¡Es curiosísimo! Parece que se está uno confesando. «Acúsome Padre de que Juanita del Hierro me gusta horrores»...

JUA. ¿Usted cree?...

FEL. — Me estoy muriendo de lo que me gusta usted.

CLARA — Es el turno impar. Ayer estaba usted agonizando de lo que le gustaba yo.

FEL. — ¡Diversidad!... ¡Sirena del mundo!, que dijo el poeta...

NIEVES — (Al otro lado.) ¡No me conformo y no me conformo! En el cotillón del domingo me pusiste en un ridículo culminante con Paquita.

EDUAR. — ¡Mujer! ¡Con Paquita!.. ¿Tú crees que es posible poner en ridículo a nadie con Paquita? Paquita es incapaz de inspirar celos a nadie. Es inofensiva como una esfinge egipcia...

NIEVES — Y la novia que tenías en Madrid, ¡sí, sí, en Madrid!, ¿era egipcia también?...

EDUAR. — ¡Yo, en Madrid!

NIEVES — Tú, en Madrid. Cuando estuvimos allí recibías todas las tardes una carta que te llevaban los botones del Circulo.

EDUAR. — Esas cartas eran de un cliente que sostiene un pleito contra el Pósito de Socuéllamos. En cuanto nos casemos te leeré todas las actuaciones.

NIEVES — No, eso, no. Prefiero creerte.

EDUAR. — Es mejor. Y además más bonito. ¿Tú conoces nada más bonito que la fe?

NIEVES — (Con desconfianza.) ¿A qué Fe te refieres?

EDUAR. — A la que llena los ojos de gloria y el alma de luz; a la que tú tienes en mí, aunque no la merezca; a la que yo tengo y tendré mientras viva en ese corazoncito rico...

NIEVES — ¡Chico, qué bien hablas! ¡Cómo se conoce que eres diputado!...

EDUAR. — Eso, no. En tres años que llevo en el cargo no he dicho más que tres veces *sí* y tres veces *no*.

NIEVES — Eso es un juego de prendas.

EDUAR. — ¡Ah! Pero había que ver la elocuencia con que yo decía: «Eduardo Oropesa, *sí*, o Eduardo Oropesa, *no*». Pues mira, ya me han citado para una Dirección general. Total por seis monosílabos. En cuanto empiece a articular me veo subsecretario. (Fijándose en Feliciano y en las muchachas.) Pero oye, oye, ¿qué hacen asos?

FEL. — (Que se ha puesto una raqueta en cada oreja y está

escuchando la confesión de Clara y Juanita.) Eso no está bien. El flirt, ya se considere como ciencia, ya se considere como arte está bien; pero el darle palabra de casamiento a tres señores distintos, se considere como se considere, está mal. Vamos a ver usted, hija mía, vamos a ver usted. ¿Cómo andamos de novio?

CLARA Bien, ¿y usted?

FEL. Bien, gracias. ¿Qué es su novio?

CLARA Estudiante.

FEL. ¿De qué?

CLARA De Farmacia.

FEL. ¡Muy bien! ¡La belladona, el jarabe simple, la magnesia!... Muy práctico. ¿Qué año estudia?

CLARA El preparatorio desde hace tres.

EDUAR. Pero a todo esto, ¿qué se ha hecho de don Poncio, nuestro maravilloso catedrático de Psicología?

JUA. En el campo de «Tennis» se quedó jugando con papá.

FEL. Le compadezco.

JUA. ¡Ay! ¿Y por qué?

FEL. Porque su papá de usted tiene un carácter que no es para tomarlo a juego. Es un coronel de Caballería con toda la barba. Ayer, porque le di dos codillos seguidos, se empeñó en mandarme los padrinos.

EDUAR. ¡Calla, hombre! El domingo me invitó a mí a tirar un rato a sable en el salón del balneario, y gracias a que salté por la ventana...

JUA. ¡Pobre papaíto!... El pronto, sí, es algo brusco; pero después, es más bueno que el pan.

EDUAR. Sí, sí. Cuando duerme es muy buena persona.

FEL. Si no ronca. Cuando ronca hay que atarse. Es que mueve la habitación; en serio...

JUA. ¡Vaya, me enfado! Afortunadamente, don Poncio no es de la opinión de usted.

FEL. Porque don Poncio es un ángel, porque don Poncio es un santo que se he caído del altar, se ha pegado una perilla, se há calado unas gafas y se ha puesto a explicar Psicología, Lógica y Etica en el Instituto de Soria.

NIEVES Es verdad. Es de pasta flora.

CLARA Dicen que se va a casar. ¡Mira que a su edad, y con la cara que tiene!...

EDUAR. Pues con esa cara se va a casar con una señorita de Soria que nada en la opulencia.

FEL. ¡Lástima de salvavidas!...

EDUAR. Ya tienen alquilado un hotel.

CLARA ¿De qué se habrá enamorado esa mujer?

NIEVES De lo bueno que es. Yo no he visto en mi vida un infeliz más grande... ¿Pero qué ruido es ese? ¿Qué pasa?

(Se oyen voces, efectivamente, y a poco entran en escena DON PONCIO DEL MORAL seguido de DON LEON, éste blandiendo una raqueta, como si fuese la espada del ángel exterminador. Don Poncio es horrible, no es por alabarle. Tiene cuarenta y cinco años corriditos. Viste traje de «tennis», pero se ha puesto sobre la camisa una chaqueta de color con trabilla. Está para que lo maten.)

P. MORAL (Huyendo de don León y encorajinado.) ¡No juego, no juego más, ale!...

LEÓN ¡Pero hombre de Dios! ..

P. MORAL ¡Que no juego, ale! ¡Que usted se ha creído que está en Cuba y que yo soy Máximo Gómez!...

LEÓN Usted es el que se ha creído que jugar a la pelota es tan sencillo como hablar de Aristóteles o de Annibal o de cualquier otro filósofo griego.

EDUAR. ¿Pero qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Qué altercado es ese?

LEÓN Es ese filosofuelo... ¡Discutirme a mí un tanto! No sé cómo no le he estrellado...

P. MORAL Pues sí, señor, sí, señor; ¡dió usted en la falta y bien!...

LEÓN Usted es un miope indecente. Un hombre que da las buenas noches a los postes del telégrafo, no tiene beligerancia para coger una raqueta.

P. MORAL ¿Y para qué me ha sacado usted de mis casillas? Yo estaba leyendo la Estética de Benedecto Crocce, cuando aparece usted en mi cuarto y me dice. «A usted le juego yo la nuez a treinta tantos». «Don León, que estoy con Benedecto»—le respondo yo—. «Usted es un cobarde»—me objeta usted, zarandeándome las solapas, que es un dolor ver cómo me las ha deformado—. Total, que accedo, que voy al «Tennis», que

coge don León una raqueta, que se ciega y que ni que fuera Méndez Núñez...

FEL. ¿Y usted?

P. MORAL Yo, *callao*... Hasta que ha empezado a meterse con mi familia y a pegarme con la raqueta en este hombro, que debo tener un verdugón como para curármelo con kilométrico.

LEÓN Y dé usted gracias a que es usted un pedagogo.

P. MORAL Delas usted a que yo soy más infeliz que un cubo. Siempre subiendo y bajando, abollándome a todas horas y sin protestar. Si yo tengo un poco de carácter, usted no se me iguala a cinco ni siendo coronel de sementales, ni siendo el mismísimo Annibal, filósofo griego como usted dice, porque entiende usted lo mismo de pelotas que de filosofía.

LEÓN ¡Don Poncio!...

P. MORAL ¡Don cuerno! ¡Ya me he cansado yo, ale! ¡No faltaba más! ¡No faltaba más que no me hayan pegado a mí de chico y me peguen ahora que soy catedrático!... ¡No, señor, no se lo tolero, ni a usted ni a Filipo!

LEÓN ¡El Filipo lo será usted!

JUA. Pero papá...

NIEVES ¡Pero señores!... ¡Que siempre han de estar ustedes así...

P. MORAL Es que hombres como ese no se debían consentir en un establecimiento termal. No hay curación posible. Desde que he venido he adelgazado seis kilos. Tres días he estado en la cama a consecuencia de una partida de billar.

LEÓN Porque usted es una inutilidad completa. Vergüenza le debía causar a usted el darle cuarenta a cuarenta y cinco y las tres bolas.

P. MORAL Y los dos tacos. ¿Ven ustedes este cardenal de aquí? Pues es de un tacazo que me soltó este pedazo de... coronel porque le disputé una carambola...

LEÓN ¡A mí, ni Alvarez me ha discutido jamás una carambola!

P. MORAL Pues a mí, ni Martínez me ha tocado jamás al pelo de la ropa.

LEÓN Pues dé usted gracias que no se comió usted la mesa de billar.

P. MORAL ¡Ja jay! Como que no hay más que comerse una mesa de billar...

LEÓN ¿Lo quiere usted ver?

TODOS ¡Don León!

P. MORAL ¡No, no... y la trae! Es capaz de traerla y hasta es capaz de obligarme, no digo yo a que me la coma, porque una mesa de billar no se la puede comer nadie; pero a que la tire un mordisco, ¡ya lo creo! ¡El otro día me obligó a torear!.. (*Todos se ríen.*)

FEL. (*Bajo a Eduardo y rápidamente.*) Tengo que hablarte de un asunto gravísimo.

EDUAR. ¿Qué pasa?

FEL Una tragedia, una catástrofe.

EDUAR. Habla. ¿Qué es ello?

FEL. Imposible ahora. Disimula.

P. MORAL ¡Una delicia de veraneo! Mañana me vuelvo a Soria. Me están sentando las aguas como un tiro.

NIEVES ¡Pobre don Poncio! ¡Tan bueno como es!

P. MORAL ¡Como un tiro!

BÁRBARA (*Saliendo.*) ¿Pero qué es esto? ¡Las once de la mañana y sin ir al manantial!

NIEVES Es verdad. No sé qué tienen las mañanas que se nos van en un vuelo.

BÁR. ¿Qué es eso, don Poncio, qué le pasa a usted que está tan sofocado? ¿No le sientan bien las aguas?

P. MORAL ¡Como un tiro!

BAR. ¿Ha tenido usted noticias de Eveliana?

P. MORAL ¡Oh, mi dulce Eveliana! Sí, señora; todos los días recibo copiosas epístolas de mi prometida.

BÁR. ¿Y para cuándo es esa boda?

P. MORAL Para Navidad. Hasta que su encantadora hija no se una a mi entrañable protector don Eduardo Oropesa, no quiero yo consumar mi felicidad. Es lo menos que puedo hacer por mi generoso protector.

EDUAR. Déjese de protecciones. Yo no soy más que un buen amigo suyo.

P. MORAL De sobra sé que le debo la Cátedra. A falta de otros méritos, soy un hombre agradecido hasta el sacrificio. Si don Eduardo me manda rodar, ruedo con mucho gusto. La gratitud es mi segunda naturaleza.

BÁR. Bueno, niñas... Andad, que se echa encima la hora del almuerzo.

JUA. ¿No viene usted, don Feliciano?

FEL. Estuve ya en el manantial. Ventajas de ser madrugador.

BÁR. ¿Y usted, Eduardo?

EDUAR. Me toca descansar. Llevo un novenario.

NIEVES Pues hasta luego. ¿Irás a buscarnos?

EDUAR. Dentro de un momento.

LEÓN (A don Poncio.) ¿Viene usted o no viene?

P. MORAL ¿Usted va?

LEÓN Sí, señor.

P. MORAL Pues yo, no.

LEÓN Usted viene.

P. MORAL Yo no voy.

LEÓN (Cogiéndole del brazo.) Usted viene. Si no viene usted por las buenas, le llevo arrastrando. Venga usted, y echaremos unas carreritas después de beber el agua.

P. MORAL ¡Pero, don León, que ya soy mayor de edad!...

LEÓN ¡No admito réplicas!...

P. MORAL Está visto que soy un abúlico. Pero correr, no, ¿eh?; correr, no...

LEÓN Usted corre.

P. MORAL Lo que usted quiera. ¡Dios mío, no llego a Navidad! ¡Pero don León, que yo no he nacido para *globe trotter!*... ¡Don León!...

LEÓN ¡Usted corre!..

P. MORAL ¡Pues no corro, ale! ¡No corro! Yo soy un doctor en Filosofía y Letras, no soy un galgo.. (Vanse discutiendo. Los demás han hecho mutis antes Quedan en escena Eduardo y Feliciano.)

EDUAR. Pronto, ¿qué ocurre? Me tienes con el alma en vilo.

FEL. Un melodrama, una tragedia. ~~Sófocles, Esquilo, Shakespeare...~~

EDUAR. ~~O hablas o te extrangulo.~~

FEL. Toda la mañana me la he pasado dándote pisotones.

EDUAR. Y yo llamándote bruto.

FEL. Pues era para llamarte la atención. Escucha y muérete: ¡Nardita está aquí!

EDUAR. (Desvaneciéndose.) ¡Pero no!... ¡Es imposible! Nardita está en Madrid.

FEL. Nardita está aquí, en el balneario. La he visto como te estoy viendo a ti.

EDUAR. ¡Feliciano, eso no es posible!

FEL. Como te estoy viendo a ti. Nardita está en el Balneario con su tío Max Gamboa, el do-

mador de moscas. La he visto llegar en el coche acompañada de un señor muy grande. Después, en el registro del Balneario, he visto que se trata de su tío.

EDUAR. ¡Y qué hago yo! Mi boda es mi salvación. Nieves tiene una fortuna inmensa. Ella me ha hecho diputado a la fuerza, corriendo con todos los gastos de la elección, que han sido un pico.

FEL. ¿Doce mil duros!

EDUAR. Soy el amo de Soria... Conocí a Nieves en Madrid durante una de sus frecuentes excursiones a la Corte. Me presentaron unos amigos. La dijeron que yo era el abogado más elocuente de España. La invité a una vista para que me oyese defender al «Niño de los rizos». Estuve estupendo. Me excedí a mí mismo. Me lo condenaron a muerte; pero hice llorar a la Guardia civil. A la salida nos hicimos novios. Aprovechando mi amistad con don Poncio, me fuí a Soria a afianzar mis relaciones con Nieves. Total, que el mes que viene nos casamos, y que Nardita, con quien rompí hace unos meses, no tiene derecho a estropearme el porvenir.

FEL. ¡Pobre Nardita!

EDUAR. ¡Pobre! ¿Por qué? Después de todo no la he perjudicado... Cierto que la di palabra de casamiento para ver si se ablandaba...

FEL. Pero no se ablandó.

EDUAR. Precisamente por eso rompí con ella. ¿A qué viene? ¿No la he dicho que nuestras relaciones habían terminado para siempre?

FEL. Ante todo hay que evitar que Nieves la vea.

EDUAR. Y lo malo es que sospecha. Alguien la ha debido decir algo, porque no hace más que acribillarme a preguntas sobre mi vida pasada.

FEL. (Mirando a la izquierda.) ¡Calla! Aquí tienes a Nardita.

EDUAR. Vete, vete. Es preciso que evites que Nieves y su madre vengan por aquí. (Vase Feliciano.)

NARDITA (Saliendo por la derecha.) ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Nardita! ¿Se puede saber a qué has venido? ¿No te decía en mi carta que habíamos terminado para siempre? Olvídame, Nardita.

NAR. No es preciso. Te tengo completamente olvidado. No creas, me ha costado algún tra-

bajillo... ¡Es una tan tonta!... Pero todo pasa. Y tú no eres la inmortalidad... Me he convencido de que no valías la pena.

EDUAR. Muchas gracias.

NAR. Es verdad. ¡Eres tan egoísta! No aspiras más que a venderte como si fueras un mueble de lujo.

EDUAR. ¡Nardita!

NAR. No te enfades. Como verás, vengo muy humilde. Pero vamos a lo que importa, porque ya te he dicho que tú no vales la pena... Ayer mañana llegó mi tío a Madrid.

EDUAR. ¿Y qué?

NAR. Cómo que ¿y qué? ¿Tú no recuerdas que el año pasado le escribí diciéndole que me había casado contigo, con Eduardo Oropesa?

EDUAR. ¡Madre mía!

NAR. ¿Tú no recuerdas que mi tío ha hecho una gran fortuna trabajando en los circos y que yo soy su única heredera? El año pasado me escribió desde el Brasil diciéndome que se había enterado de que iba a todas partes con un señor—a esas distancias se le cree señor a cualquiera.—El *señor* que entonces me seguía platónicamente a todos los teatros de provincias donde yo trabajaba y que juraba casarse conmigo, me aconsejó para evitar murmuraciones, que escribiera a mi tío diciéndole que estábamos casados. Todo eso era antes de que el *señor* hubiera sido elegido diputado a Cortes, ni hubiera pedido relaciones formales a la reina de la mantequilla.

EDUAR. ¡Nardita!...

NAR. En resumen. Mi tío se ha presentado en Madrid de improviso y quiere conocer a mi marido. Le dije que estabas aquí, y quieras que no, mi tío que comenzó domando elefantes y que ha nacido para domador, me metió anoche en el tren y aquí me tienes. El *señor* dirá ahora lo que vamos a hacer.

EDUAR. Marcharte en el primer tren.

NAR. No va a querer mi tío... ni yo tampoco...

EDUAR. ¿Es un desafío?

NAR. Lo que quieras. Mi tío ha venido de paso para Lisboa, a donde marchará el viernes. De aquí al viernes necesito ser tu mujer. Tú verás cómo te las arreglas. Tú te has porta-

do conmigo como un cualquiera, ¡como un cualquiera! Estabas en tu derecho. Me has dejado por el mejor postor. A lo que no tienes derecho es a labrar mi ruina motivando que mi tío me desherede.

EDUAR. ¿Y yo qué voy a hacerle?

NAR. No lo sé.

EDUAR. ¿No sabes que está aquí mi novia?

NAR. Tú verás.

EDUAR. ¡Nardita, Nardita, no me vuelvas loco! ¡Márchate a Madrid. Dile a tu tío que tu marido se ha muerto.

NAR. Lo primero que ha hecho al llegar aquí, ha sido ver tu nombre en el libro del hotel. Ahora está desayunando. Dentro de un instante correrá a abrazarte.

EDUAR. ¿A mí?

NAR. Sí, a ti; a mi marido.

EDUAR. ¿Y qué vamos a hacer?

NAR. No lo sé. Lo único que sé es que necesito un marido por ocho días.

EDUAR. ¿Quieres perderme? ¿Quieres arruinarme? ¿Es eso lo que te propones?

NAR. Me propongo que no me arruines tú a mí. Mi afán es tan legítimo como el tuyo.

EDUAR. (Viendo entrar a FELICIANO.) ¡Ah!

NAR. ¿Qué te pasa?

EDUAR. ¿Tú lo que quieres es un marido?

NAR. A mi marido, que no es lo mismo.

EDUAR. Bueno; ¿tú necesitas un Eduardo Oropesa? Está bien. ¡Feliciano, Feliciano!... Necesito que me salves.

FEL. ¿Yo?

EDUAR. El tío de Nardita está aquí; es necesario que seas el marido de Nardita ocho días. Ya sabes que escribimos al tío diciéndole que estábamos casados. El tío ese...

NAR. ¡Eduardo!...

EDUAR. (Rectificando.) El tío de Nardita está aquí y quiere conocerme. Huelgan los comentarios. Resumiendo: tú te conviertes en marido de Nardita, abrazas a don Max y acto seguido sales con tu nueva familia para la provincia de Almería, pongo por provincia.

FEL. Hay un pequeño inconveniente.

EDUAR. ¿Cuál?

FEL. Que Juanita del Hierro tiene cuarenta mil duros, que me gusta un rato muy largo, que

la gusto yo una temporada y que ni por mi padre, cuya vida guarde Dios muchos años, abandono yo la conquista de esa pingüe y deslumbradora fortaleza.

EDUAR. Eres un canalla.

FEL. Cuestión de apreciaciones.

NAR. ¡Qué asco! Otro mueble de lujo. (Haciendo medio mutis.) Buenos días.

EDUAR. ¿Adónde vas?

NAR. A confesarle la verdad a mi tío, a descubrirlo todo. A armar la de San Quintín en este Balneario. A recrudecerles el reuma a estas señoritas del *five o'clock tea*, que toman el té con música y el amor con agua sulfurosa.

EDUAR. ¡Nardita, desdichada, espera!

FEL. (Como si acabase de descubrir la cuadratura del círculo.) ¡Eduardo!

EDUAR. ¿Qué?

FEL. Tengo nuestro hombre.

EDUAR. ¿Qué dices?

FEL. Sígueme. Ni una palabra más. ¿Usted necesita un marido? Pues tendrá usted un marido con toda la barba. ¡Sígueme!...

EDUAR. ¿Pero adónde me llevas?

FEL. ¡Sígueme! (Mutis por la derecha.)

(Nardita pasea impaciente por la escena, después se sienta en uno de los bancos del foro. En seguida entra DON PONCIO DEL MORAL por la izquierda.)

P. MORAL ¡Correr, no! Me he escabullido... ¡Correr, no! Ya he ganado un campeonato antes de ayer. Dejé el bofe en la meta, pero gané el campeonato de carreras pedrestres! ¡Si me vieran mis discípulos con la lengua fuera!... Todo sea por don Eduardo. «Venga usted a los baños de Borrajas, me escribió.» Y a los baños de Borrajas me vine. Como si me manda irme a Pompeya. Yo soy un hombre agradecido. (Reparando en Nardita.) ¡Re... pompeya! ¡Qué mujer! El busto es de la Victoria de Samotracia. No; más bien de la Venus de Scopas. (Se va acercando poco a poco.) Helénica es, ¡vaya si es helénica! Así debía ser Aspasia la mujer de Pericles. Y que tiene un cogote que le quita el criterio a Balmes. ¿A qué clase pertenecerá? A mí me parece que es de primera. Me insinuaré. (En voz alta a Nardita.) ¿Viene usted por primera vez a este balneario? (Nardita no se mueve ni contes-

ta.) Aquí se pasa divinamente. Por las noches hay conciertos. ¿Le gusta a usted la música? (Silencio de Nardita.) ¿Y pasear?... ¿Le gusta a usted pasear? Por aquí hay sitios muy pintorescos. Y si usted quiere, yo, Poncio del Moral, servidor y catedrático, me ofrezco a acompañarla. (Aparte.) No me contesta. (Alto a Nardita.) ¿Ha visto usted qué calor hace? (Pausa larga.) Señorita... ya sé que la estoy diciendo una serie de cosas que no tienen ningún interés. Lo hago por trabar conversación .. Ahora, que si usted persiste en no contestarme, no va a haber Dios que trabe... (Nardita, sin mirar a don Poncio, se levanta y hace mutis) ¡Don Poncio... has quedado en ridículo! Sírvate de consuelo que lo mismo le hubiera pasado a Aristóteles...

(Entran EDUARDO y FELICIANO por la derecha.)

EDUAR. ¿Don Poncio? ¿Don Poncio?

P. MORAL ¿Quién? ¡Ah! ¡Son ustedes!

EDUAR. Le estamos buscando por todo el balneario.

P. MORAL Es que he dado la vuelta arrastrándome a todo el manantial. Ustedes dirán. Ustedes me mandan.

EDUAR. Don Poncio... ¿usted quiere mucho a Eveliana?

P. MORAL ¿A quién, a mi novia? Hombre, yo... la verdad... A mi edad, naturalmente, ya se ha pasado del primer año de latín. Quiero decir...

EDUAR. Vamos a ver, ¡sinceramente! ¿Por qué se casa usted?

P. MORAL Pues yo, con franqueza...

FEL. Porque su novia es muy rica, ¿no es eso?

P. MORAL Le diré a usted. A don Eduardo no puedo ocultarle nada. Yo ya no soy joven, sin que esto quiera decir que se me deba exponer en el Museo Arqueológico. No tengo dos pesetas, ni la más remota esperanza de poseerlas. Como belleza no creo que tenga que agradecerle a la Naturaleza el haberme hecho un Apolo clásico. Como feo, aunque sea inmodestia, me apuesto con Picio y le doy dos tantos. ¿Qué iba yo a hacer? Me he encontrado a Eveliana, que aunque algo mogigata, tiene lo suyo; que en cuanto a dinero, tiene dos dehesas que no se acaban nunca; que en cuanto a físico, tiene unas curvas

que también tardan un rato en acabarse; y que en cuanto a bondad... ¿han oído ustedes hablar del Antiguo y del Nuevo Testamento?... Bueno, pues un codicilo... ¿qué iba yo a hacer? ¡Me he amarrado, aunque éste no sea un término propio de la escolástica!

EDUAR. Don Poncio... ¿usted es mi amigo?

P. MORAL ¡Y lo duda usted!... Póngame usted a prueba. Lo estoy deseando. Todo cuanto soy se lo debo a usted. Usted me ha hecho hombre.

EDUAR. Pues ha llegado la hora de contrastar esa adhesión, don Poncio.

P. MORAL ¿Qué hay que hacer?

EDUAR. Don Poncio... don Poncio, yo he tenido una novia. Bueno, he tenido muchas.

P. MORAL Nada más lógico. Yo he tenido también una compacta muchedumbre.

EDUAR. Una de ellas, tenía un tío.

P. MORAL *Nihil novum sub sole.*

EDUAR. Ese tío, que residía entonces en el Brasil, y que era domador de fieras...

P. MORAL Muy pintoresco. La pantera, el tigre, el chacal...

EDUAR. ... Ahora es domador de moscas.

P. MORAL ¡De moscas! Más pintoresco todavía. Yo he visto en Nueva-York unas hormigas que tocaban el violín.

EDUAR. No se trata de eso. A ese tío le escribimos una carta diciéndole que nos habíamos casado. Después he roto con esa señorita. Pero es el caso, que el tío en cuestión se ha presentado de improviso en casa de esa señorita reclamando imperiosamente conocer a su marido. Y los dos se han presentado aquí y aquí los tiene usted.

P. MORAL Usted será el que los tenga, porque yo...

EDUAR. ¡Don Poncio de mi alma! ¿Usted me quiere?

P. MORAL ¡A rabiar!

EDUAR. Pues voy a presentarle a usted a su tío. (Medio mutis.)

P. MORAL ¿Qué dice usted?

EDUAR. Que usted es Eduardo Oropesa, que Nardita Molina es su señora, y que Max Gamboa, el célebre domador de moscas, es tío de usted.

P. MORAL (Asombrado.) ¡Yo sobrino de un domador de moscas! ¡Yo casado con su novia de usted!

¡Yo Eduardo Oropesa! ¡Ja jay! ¡Qué bromista es usted! ¡Pero qué bien las urde! ¿No se ríe usted, don Feliciano?

FEL. ¡Bueno está el horno para rosquillas!

EDUAR. ¡Don Poncio, que no es broma! ¡Don Poncio, que tiene usted mi porvenir entre sus manos!... Si usted aprecia en algo mi felicidad, tiene que hacerse pasar unos días, unas horas, por mí, por Eduardo Oropesa, el esposo de Nardita Molina, tiple cómica.

P. MORAL ¡Tiple cómica!... ¡Un catedrático de Etica, marido de una tiple cómica!...

FEL. ¿Por qué no?

EDUAR. Es un momento. Usted coge a su tío y a su mujer dentro de una hora y se los lleva usted de aquí. El tío viene de paso para Lisboa. Ahí tiene usted dinero. No diga usted que no. Si Nieves se entera me pego un tiro.

P. MORAL (Está alelado. No sabe qué hacer. Permanece con el dinero en la mano sin acertar a guardárselo.) ¡Se pega usted un tiro! ¿Pero y si se enteran estos señores? ¿Y si se entera Eveliana?

EDUAR. Usted se va dentro de una hora sin despedirse de nadie. No se entera ni un alma. Acompaña usted a su esposa hasta Valencia de Alcántara, por ejemplo, y allí con cualquier pretexto se vuelve usted a Soria. De todas maneras mañana se iba usted a marchar..

P. MORAL ¡Pero don Eduardo! ¡Esto es una suplantación de estado civil! ¡Yo, la verdad, con el alma y la vida le serviría a usted, pero el escándalo, el presidio... Es excesivo...

EDUAR. ¡Qué presidio ni qué escándalo! Y en último término, ¿no estoy yo aquí para salvarle? ¿No le dieron a usted la cátedra de Soria y era muchísimo más difícil?...

P. MORAL ¡Si al menos esa desdichada fuese bonita!...

EDUAR. ¿Bonita? ¡Un cromo!... ¿Usted ha estado en el teatro de Apolo de Madrid?

P. MORAL ¿Quién? ¡Yo! ¿Por quién me toma usted a mí? ¡Un catedrático de Filosofía! .. Alguna vez en butaca de orquesta...

(Entra en escena DON MAX. Es un brasileño de largos bigotes caídos, recio, autoritario)

MAX Boos días. Disculpen vossas senhorias. ¿Tenhen a bondade de dicerme a direcçao del excelentisimo sior don Edoardo Oropesa.

que fica aiguando n'iste manifico establecimiento balneairo?

EDUAR. ¿Oropesa? ¿Eduardo Oropesa? ¿Pregunta usted por don Eduardo Oropesa?

MAX Sí, que está aiguando...

EDUAR. (Presentando a don Poncio.) Aquí le tiene usted. Don Eduardo Oropesa, bañista...

P. MORAL Aguador...

MAX ¡Cómo! ¿Vosse e o garauto do meu sobrinazo?

EDUAR. (Suplicante y aparte a don Poncio.) ¡Don Poncio!... ¡Por San Agustín!...

P. MORAL (Después de unos momentos de vacilación y en un arranque de gratitud hacia Eduardo, se lanza al cuello de don Max.) ¡Tío de mi vida!...

MAX ¿Pero eres tú mi sobrinazo?...

P. MORAL Sí, tiazo... ¡Abráceme usted!..

MAX ¡Meu menino con ista carantonha! ¡Bon gustito ha tenhido mía sobrina! Eres moito feio... mi alma.

P. MORAL Pues usted tampoco es la Bella Otero, mi niño...

MAX Dame outro abrazo. Eres moito mao. ¡Abandonar a mía rapariga en Madrid e venirte a agüear! Eres moito gatuno. A o mia menina nao se la deixa sola. ¡Eu tenho moi maas pulgas!... ¿E istas excelencias?

P. MORAL Son unos amigazos...

MAX A la vostra disposisao... Max Gamboa, distinto artista internacional, o melhor di mondo.

EDUAR. ¡Ah! ¿Usted es el célebre Max Gamboa?

MAX Eu mesmo. ¿Me ha visto trabalhar vostra sinhoría? Fa trinta annos foi invora de Espanha. Estive touda a vida n'os Estados Unidos do Brasil.

EDUAR. Le he visto trabajar en Río Janeiro... Hacía usted unos ejercicios maravillosos con una colección de moscas amaestradas.

MAX ¡Ah, sí; la orquesta sinfónica!... (Con tristeza.) ¡Poubre don Moscart!...

P. MORAL ¡Don Moscart!...

MAX El director. Un anagrama. Don Moscart... Moscart... don... (Enjugándose una lágrima.) ¡Poubre menino! ¡Una aplopegía. En Manaos se nos quedó hecho un pájaro...

P. MORAL (Compungido.) ¡Pobrecito don Moscart!...

MAX Eu tenho ganados cinco mil contos de reis

con as mías fieras y tenho firmados contratos por valor de outros tantos... ainda mais...

P. MORAL ¡Sabe usted que eso de las moscas deja mucho! ..

MAX ¿Edoardo?... Oya, llévame ahoura a buscar tua muller.

P. MORAL ¿A buscar a mi mujer? ¡Qué gracia! ¡Que lo lleve a buscar a mi mujer! ¿Oyen ustedes esto? ¿Y quién es mi mujer?...

MAX ¡Cómo!...

EDUAR. Quiere decir... que quién es su mujer para venir al balneario sin su permiso...

FEL. ¡Naturalmente!...

MAX Bueno, vamos en busca de Nardita e a yantar, que estou desde as sete horas d'a manhá con una tasa de café con dos biñuelos.

P. MORAL ¡Ah, pero no comeremos en el balneario! Nos iremos de merienda al campo. En el comedor no comen mas que los agüistas de tercera. Un domador de moscas no puede comer en el comedor, máxime *Max* contando tantos contos...

MAX ¿Dóunde entonces?

P. MORAL En la silla del Rey. En aquel pico.

MAX Aquel pico debe ficar moito longo.

P. MORAL A dos leguas y pico, pero allí es donde come la buena sociedad.

MAX Bueno, vamos donde tú quizer, pero vamos. Eu morro do fame.

P. MORAL ¿Vienen ustedes?

EDUAR. Nosotros hacemos falta aquí abajo.

FEL. Ustedes lo que deben hacer es irse desde la silla al tren. Un criado les puede llevas los equipajes...

MAX Yo quizer tomar istas aiguas.

EDUAR. ¿Estas aguas? ¡Usted está loco! Todos los años se baldan el ciento por ciento de los bañistas.

MAX ¿E cómo venhem suas excelencias?

FEL. Pues porque éste, (Por Eduardo. Luego se da cuenta y señala a don Poncio.) porque éste es el abogado del balneario.

MAX Da cordo.

EDUAR. De la silla del Rey hay cinco minutos a la estación... Conque... tanto gusto. Adiós, don Pon... don Eduardo. Mucha salud Que no se balde usted, que no nos balde usted y hasta la vista.

MAX — A la vostra disposisao, Max Gamboa... Seu servo.

EDUAR. — Eduar... Poncio del Moral...

P. MORAL — (Aparte.) ¡Atiza! (En alta voz.) Eduardo Oropesa...

FEL. — (Ya en plena confirmación.) Aniceto Manzanares y Rodríguez del Japón...

P. MORAL — (Aparte.) ¡Anda con Dios! (Alto.) ¡Quedad con Dios! Tiazo, ¿por dónde anda mi esposa?

MAX — Por aquí debe ficar.

P. MORAL — (Yéndose por el extremo opuesto.) Pues vamos por aquí. Cuénteme, cuénteme cosas.

MAX — Eu tenho panteiras, liones, touros.

P. MORAL — ¿Y muerden?

(Hacen mutis hablando. Quedan solos Eduardo y Feliciano.)

EDUAR. — ¡Pronto! A buscar a Nardita, a decirla que es la esposa de ese mendrugo. Todo marcha a pedir de boca.

FEL. — Ahí tienes a Nardita.

EDUAR. — Sí, pero ahí tienes también a don León del Hierro y a las niñas. ¡Dichoso coronel! ¡Lástima de bala perdida! No he visto hombre más aficionado a meterse en lo que no le importa.

(Entra NARDITA por la izquierda.)

NAR. — (Entrando y dirigiéndose a Eduardo.) ¡Eduardo!...

EDUAR. — No me hables, no me conoces. Siéntate en ese banco y espera a que se marche esta gente.

NAR. — ¿Y si no lo resisten mis nervios?

EDUAR. — Haz lo quieras, y que se hunda el cielo.

(Nardita se sienta en el banco.)

LEÓN — (Que sale con JUANITA y CLARA.) Yo he ganado porque he llegado antes.

CLARA — Porque no me ha dejado usted correr a mí.

JUA. — ~~Ni a mí. Me agarraba de un brazo.~~

LEÓN — Bueno, niñas, no estoy dispuesto a consentir tanta algarabía.

FEL. — ¡Pero, don León, reflexione usted que no está en el cuartel, que estas señoritas no son soldados que hacen el ejercicio.

LEÓN — ¡Caballero! Eso es un exabrupto.

JUA. — Bueno, papaíto, no te incomodes.

LEÓN — ¿A qué viene esa estupidez? ¿Es que no sabes que estoy habitualmente incomodado?

EDUAR. — Pues tiene usted una tontería de carácter.

LEÓN — Sí, señor. A mí las mujeres se me mueren a

escape. He tenido tres y ninguna me ha durado un año.

EDUAR. Se explica.

LEÓN Los hijos se me casan jóvenes y los criados no me resisten dos días.

JUA. Papá quiere decir que no hay quien le aguante.

LEÓN ¿Y saben ustedes por qué? Porque soy el paladín de la justicia. Yo no concibo más línea que la recta, y delante de mí no hay quien se deslice en lo más mínimo. Por eso dicen que me meto en todo.

CLARA (Por Nardita.) ¿Conocen ustedes a esa señorita?

JUA. Yo no.

FEL. Es una viajera que acaba de llegar.

LEÓN Bueno, ¿no hemos venido porque querían ustedes beber el agua de la fuente del hambre?

CLARA Sí, pero no tenemos vaso.

JUA. No importa. Eduardo que tiene uno nos lo prestará. (A Eduardo.) ¿Hace usted el favor de prestarnos su vaso?

EDUAR. Con mil amores. (Les da un vaso de bolsillo. Aparte y por Nardita.) ¡Y Nieves que va a venir!... ¡Esa mujer me va a comprometer! (A las chicas que están bebiendo.) ¿Y Nieves?

CLARA Hacia aquí venía.

JUA. (Después de beber todos y antes de devolver el vaso.) ¿Quieres beber, papá?

LEÓN ¿Yo? ¿No sabes que siempre tengo el apetito abierto de par en par?

JUA. (Devolviendo el vaso a Eduardo.) Ahí va, Eduardo, y muchas gracias.

EDUAR. ¿No quiere nadie más?

NAR. (Como tomando súbitamente una resolución.) ¿Si es usted tan amable que me permite?...

EDUAR. ¿El vaso?

NAR. Sí señor, el vaso.

EDUAR. Con mucho gusto. (Se lo da y dice aparte.) Está visto que me compromete.

NAR. Muchas gracias. (Lava detenidamente el vaso y bebe después.)

CLARA (A Feliciano y Juanita.) ¡Qué atrevimiento!

JUA. Aquí viene su novia, Eduardo.

EDUAR. ¿Sí? (Aparte.) ¡Cielos!

FEL. (Aparte.) ¡La bomba final!

(Entran NIEVES y DOÑA BARBARA.)

BÁRB. Vamos a beber el agua, que es tardísimo.

NIEVES Eduardo, dame el vaso.

EDUAR. ¿El vaso? Espera. (A Nardita.) ¿Ha terminado usted con el vaso, señora?

NAR. No, señor. (Bebe muy despacio.)

NIEVES ¡Eh! ¿Qué es esto? (Con energía.) ¡Eduardo, el vaso he dicho!...

NAR. (Burlona.) Cuanta prisa tiene esa señorita.

NIEVES Sí, señora; mucha.

BÁRB. ¡Calla!

EDUAR. Traiga usted. (Va a quitar el vaso a Nardita.)

NAR. No se moleste... Se la serviré yo misma. (Llena el vaso y le tira el agua a Nieves.) Ahí va... (Vase rápidamente lanzando una carcajada.)

(Gran agitación en todos los personajes.)

BÁRB. ¡Esto es intolerable!

NIEVES ¡No se puede aguantar ese insulto!

EDUAR. ¡Calma, calma!

FEL. Es una grosería que se debe despreciar.

LEÓN ¡Ira de Dios! ¡Si me lo hace a mí, hay aquí un Dos de mayo. en Septiembre

NIEVES ¿Quién es esa mujer?

FEL. No se preocupe usted de eso.

NIEVES Es que me lo temo.

BÁRB. ¿Qué dices, hija mía?

NIEVES Digo que esa mujer conoce a Eduardo; tal vez con alguna intimidad.

EDUAR. ¡Nieves, me estás ofendiendo!

BÁRB. ¡Era lo último que le podía ocurrir a una Henestrosa!

NIEVES ¡Todo ha terminado entre nosotros! ¡Sabe Dios si será la de los pósitos de Socuéllamos!

EDUAR. ¡Pero, Nieves!...

NIEVES ¡Hemos terminado!

EDUAR. (A Feliciano.) ¿Pero tú ves?

FEL. (Aparte a Eduardo.) Espera, yo lo arreglaré. Se me ha ocurrido un medio.

EDUAR. (A Nieves, que llora.) No llores y créeme que no no soy culpable. Ya te convencerás de mi inocencia.

NIEVES ¡Tu inocencia!... ¿Quién es esa mujer?...

EDUAR. No lo sé.

FEL. Yo sí lo sé. Esa señora debe estar perturbada. Ha venido aquí con su esposo.

BÁRB. ¡Pero tiene esposo!

FEL. Claro está.

BÁRB. ¿Y quién es él?

FEL. Un caballero.

LEÓN ¡Basta! ¡Si es un caballero a él debe usted pedirle explicaciones.

EDUAR. ¡Yo!

BÁRB. Naturalmente.

LEÓN El lance debe celebrarse a la mayor brevedad. Yo me encargo de todo.

EDUAR. ¡Usted!

LEÓN Sí señor, yo. ¿Tiene usted pistolas?

FEL. No las hay.

LEÓN No importa, se buscan. ¿Tiene usted padrinos?

EDUAR. Tampoco.

LEÓN No importa, se nombran.

FEL. Es que tampoco tenemos adversario, porque yo no conozco al marido de esta señora.

LEÓN Pues se busca también adversario. El caso es lavar la mancha.

BARB. (A Eduardo.) Caballero... Creo inútil y hasta ofensivo recordarle a usted su deber.

EDUAR. Pero, señora...

BÁRB. Y más inútil aún advertirle que si el Henestrosa de mi hija no queda a la altura que debe quedar, no vuelva usted a dirigirnos la palabra... Vámonos, hija mía, vámonos...

LEÓN Sí, váyanse ustedes, que aquí me qnedo yo para arreglarlo todo. (Hacen mutis doña Bárbara, Nieves, Juanita y Clara.) Señor Oropesa, estamos perdiendo un tiempo precioso.

FEL. ¿Por qué?

LEÓN Porque ya debíamos estar cargando las pistolas. Tenemos al ofendido aquí, a los padrinos que somos usted y yo, aquí. Para efectuar el lance estamos bien aquí ¿Qué esperamos?

EDUAR. Esperamos a mi adversario.

LEÓN Es verdad. Siempre se me olvida ese pequeño detalle. Vamos a buscar a ese hombre. No hay tiempo que perder. Ustedes por un lado y yo por otro. El que tenga la fortuna de dar con él, que lo traiga y aquí nos reuniremos. ¿Convenido?

FEL. Pero ¿cómo se va usted a arreglar para encontrar a un hombre a quien no conoce?

LEÓN Indagando incesantemente. Interrogaré a todos los bañistas, y el que me confiese que tiene una señora mal educada, se bate con usted. Hasta luego.
(Hace mutis don León.)

EDUAR. ¡Pero hombre de Dios! ¿Qué has hecho? ¿Por qué has asegurado que Nardita está casada?

FEL. Por tu bien; para desvanecer las sospechas de tu novia... Creyendo Nieves que Nardita está casada, es menos verosímil que la suponga tu amante.

EDUAR. Eso sí es verdad. Además, por ahora está casada, porque don Poncio se ha comprometido a ser su marido durante unos días... Pero lo malo es que no se ha comprometido a batirse.

FEL. Se batirá. Es un caballero. ¡Qué remedio le queda!

(Entra DON PONCIO DEL MORAL.)

P. MORAL (Saliendo.) ¡Yo no voy a Figueira da Fox así me maten! ¡Don Eduardo... de aquí no paso!

FEL. ¿Y don Max?

P. MORAL Buscando a mi mujer por el extremo oriente. A mí me ha mandado buscarla por el extremo Occidente. Pero ¡claro! yo no la encuentro. No la he visto en mi vida. Y se ha empeñado en que los acompañe hasta Figueira da Fox... Pero yo no voy, Yo me voy ahora mismo en otra *direcçao.*

FEL. Usted no se puede mover.

P. MORAL Yo me voy ahora mismo al camino *do ferro...*

FEL. Usted no se mueve de aquí hasta que se bata.

P. MORAL ¡Yo batirme! ¿Por qué?

EDUAR. Porque su esposa de usted le ha hecho una grosería a mi novia.

P. MORAL ¿Mi esposa? ¡Es extraordinario! Pero, bueno, ¿cómo me voy a batir yo con su novia de usted? Sería una cobardía.

EDUAR. Si con el que se tiene usted que batir es conmigo.

P. MORAL ¡Yo con usted! ¡Con mi protector! ¡Nunca! Primero me divorcio. Si le doy sería un dolor para mí, y si me da usted, también sería un dolor para mí.

FEL. Se trata de un desafío simulado. Yo me encargo de todo.

P. MORAL No puede ser, no puede ser. Su futura suegra de usted se enteraría, y ya sabe usted lo gran amiga que es de mi Eveliana y de su tío el Arcipreste. Eso es imposible. Sería una

complicación de órdago a la grande, valga lo pedestre de la frase.

EDUAR. No hay tal complicación. ¿No se va usted a casar muy pronto?

P. MORAL Si ustedes me dejan, sí.

EDUAR. Pues yo me encargo de que si mi novia y mi suegra se enteran, no vayan a Soria hasta que usted se haya casado.

P. MORAL En ese caso... Y no tirando a dar... Pero, no, no. ¡De ninguna manera! Yo me voy. Yo me vuelvo a Soria. Esto no puede acabar bien. A usted se le puede ir la mano. Hasta más ver. (Hace medio mutis.)

EDUAR. (Deteniéndole.) ¿Adónde va usted?

P. MORAL Al tren.

EDUAR. ¿Y es usted el agradecido? ¿Y era la gratitud su segunda madre? ¡Hijo pródigo!...

FEL. ¡Abandonar al hombre que tanto le ha ayudado!...

P. MORAL (Llorando como una Magdalena.) ¡Don Eduardo! Haga de mí lo que quiera. Despéneme usted pronto. ¡El Gólgota de la gratitud! ¡Haber estudiado tanta filosofía para acabar *cruxificsao!*

(Entra DON LEÓN.)

LEÓN Nada. No encuentro a ese bandido... Pero ¿por qué llora ese hombre?

EDUAR. No le mire usted... No se acerque usted... ese hombre mancha.

FEL. Ese hombre es un aborto de la naturaleza.

EDUAR. ¡Un monstruo!...

FEL. ¡Un reptil!...

EDUAR. ¡Un fenómeno!...

P. MORAL (Aparte.) Es un panegírico como para morderles el pancreas.

LEÓN ¿Pero qué es lo que ha hecho este desventurado maestrucho?

EDUAR. ¿Que qué ha hecho? (Acosando a don Poncio.) ¿Que qué ha hecho?... Ande usted... dígale usted lo que ha hecho.

P. MORAL (Compungido.) ¿Pero yo qué he hecho?

EDUAR. Ahí donde usted le ve, ese miserable es el marido de esa señora que ha ofendido a Nieves.

LEÓN ¡Cómo!

EDUAR. ¡Un canalla, un usurpador! Estaba casado. El miserable se fingía soltero y tenía abandonada en Madrid a la esposa mártir.

LEÓN (Estupefacto.) ¡No me cabe en la cabeza! ¡Pero este hombre se ha estado riendo de mí en mi propia perilla? ¿Pero este tipo le ha estado tomando el pelo a todo el Balneario? (Se quita y se pone el sombrero en un acceso de furor trágico.) ¿Pero este miope ridículo se ha quedado conmigo? ¡Con León del Hierro! ¡Le digo a usted que no me cabe en la cabeza!

P. MORAL Es que se lo pone usted al revés.

EDUAR. A todos nos ha engañado. ¡Ah, pero mañana a estas horas habrá lavado con sangre la burla que ha hecho de nosotros y la ofensa que su esposa ha inferido a mi novia.

LEÓN No, señor.

EDUAR. ¿Cómo que no?

LEÓN Este sietemesino no se bate con usted. Se bate conmigo. (Oir esto don Poncio y salir disparado todo es uno. Don León le coge por el cogote.) Usted se bate conmigo esta tarde y a muerte... A usted le meto yo cinco balas en el abdomen, a cinco pasos de distancia.

P. MORAL (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón, don León! ¡No lo volveré a hacer! ¡El abdomen, no! *¡Do ventre,* no!...

(Entran en escena DOÑA BARBARA, NIEVES, JUANITA y CLARA.)

BÁRB. ¿Pero qué gritos son esos?

NIEVES ¿Pero qué le pasa a don Poncio?

LEÓN ¡Nadie se acerque! ¡Nadie le toque! ¡Dejadle solo con su conciencia! Miradle bien. Volvedle a mirar...

JUA. ¿Pero qué le pasa?

CLARA Yo no le noto nada.

LEÓN Nadie se le acerque.

P. MORAL (Aparte.) *¡Cruxificsao!*

LEÓN Este hombre morirá esta tarde a las seis menos cuarto.

P. MORAL *¡Do ventre,* no!

LEÓN Este hombre está casado. Ese hombre es el marido de esa mujerzuela que ha ofendido a usted antes. Este hombre nos la ha dado con queso a todos los agüistas. Ese hombre, ahí donde ustedes le ven, se fingía soltero y tenía abandonada en Madrid a la esposa mártir. ¡La esposa mártir! ¿Y por quién?

P. MORAL Por Pérez Escrich.

(Don León quiere estrangularle.)

BÁRB. ¡Qué horror!

NIEVES ¿Pero es posible? ¡Pobre Eveliana!

BÁRB. ¡Qué vergüenza! ¡Y nosotras que le hemos dado la mano! ¿Pero de dónde has sacado ese monstruo, Eduardo?

EDUAR. Señora, yo le creí bueno.

NIEVES ¿Pero están ustedes seguros? ¡Si no puede ser! Si parecía un bendito...

BÁRB. Por supuesto, que lo primero que va usted a hacer es quitarle le cátedra.

P. MORAL (Saltando como un león.) ¡No! ¡La cátedra, no! Antes me muerdo la nuez con mi padre.

LEÓN ¡Se atreve usted conmigo!

P. MORAL Con usted y con Espoz y Mina ¡La cátedra, no!

LEÓN Esta tarde, a las seis menos cuarto, no tendrá usted ni cátedra ni existencia.

P. MORAL ¡Cátedra, sí! Porque yo le extrangulo a usted ahora mismo. (Se lanza furioso al pescuezo de don León. Las señoras gritan, los hombres los separan. En esto entra DON MAX, quien al ver que están pegando a don Poncio, se lanza sobre don León y le separa con una sola mano como si fuera un alfeñique.)

MAX ¿Pero qué les pasa a vossas excelencias? ¡Oh! ¡Qué e isto! Están botando a bengala n'as costas de meu sobrino! ¡Deixe a o menino! Quien pegue a meu sobrino tenhe pena d'a vida. Eu he sido domador de tigres, panteiras, liones, touros, gatos, canes e moscas pretas, e as amaestraba a puñetazos. ¿Si vossé volta a pegar a o menino le domestico? (Acariciando la cara a don Poncio.) ¿Qué foi isto, cuitadinho?

P. MORAL Estábamos jugando. El señor que juega así, a lo bruto.

LEÓN ¡A lo bruto yo!

P. MORAL (Aprovechándose porque está su tío.) El señor, ¿sabes tiazo de mi alma? que anda en dos piés por un milagro de la ley de gravedad.

LEÓN ¡Necesito su corazón!

MAX ¿Qué fala d'o coraçao?

P. MORAL Nada. Es jugando. Aquí donde le ves es una buena persona. (Le tira de la perilla.) Es un adoquín pero inofensivo.

LEÓN Esta tarde, a las seis menos cuarto, o usted o yo no estamos en el censo.

NAR. ¿Y tu muller?

JUA. ¡Un domador de tigres! ¡Qué miedo!

CLARA ¿Les meterá la mano en la boca?

MAX ¿Dounde fica tua muller, sobrinazo?

P. MORAL ¡Qué se yo! (Aparte.) Dios mío, ¿pero quién es mi mujer?

MAX ¡Ah! ¡Ahí venhe!

P. MORAL (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Cruxificao! (Viendo a Nardita.) ¡Re... pompeya! ¡Si es la viajera! A ver Longines... ¡hazte a un lado!...

(Entra NARDITA.)

NAR. (Entrando.) ¿Tío? ¿Tío?

MAX ¡Sobrinaza d'o meu coraçao!

P. MORAL ¡Maridaza!

MAX Abraza a o menino.

(Nardita observa las señas que la hace Eduardo, y después de un instante de perplejidad, se lanza al cuello de don Poncio.)

NAR. ¡Esposo de mi alma!

P. MORAL ¡Mas... mas... Max...

BÁRB. ¡Qué escándalo!

NAR. (Desafiando a todo el mundo.) ¡Es mi marido! Le puedo abrazar cuanto guste.

P. MORAL ¡Y bien!...

NIEVES ¡Qué vergüenza!

NAR. Otro abrazo.

P. MORAL ¡Aquí hubiera yo querido ver a Descartes! (Abrazándose como una fiera a Nardita.) ¡Qué sobrinaza tienes, Max!...

LEÓN Desahóguese usted. A las seis y media, la defunción.

P. MORAL ¿Qué dice mi niño? (Aparte.) A las seis y media estoy yo en Figueira de Foz. (Abrazando a Nardita.) Aprieta más, aprieta más, y que venga cuando quiera la defunçao!...

(Cuadro y final del acto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa la sala de un hotel situado en las afueras de Soria. Balcón al fondo que deja ver el campo. Puerta de entrada a la derecha y otra a la izquierda que da paso a las habitaciones interiores. A cada lado del balcón una mesa y en ellas profusión de chorizos, longanizas, botellas, latas de conserva y de galletas, cajas de mantecadas, libras de chocolate, pilones de azúcar y en general toda clase de objetos de fantasía. De las paredes penden varios jamones. La acción comienza a la caída de la tarde.

—

(Al levantarse el telón están en escena EVELIANA, SOFIA y ETELVINA.)

SOFÍA — Pero, hija mía, todos tus regalos de boda son comestibles.

EVEL. — Ya sabéis lo que es tío Hugo; para él lo más importante de la tierra es la comida.

ETEL. — Es muy aficionado a la buena mesa.

EVEL. — Para mi tío no existen más que dos cosas: las prácticas religiosas y los alimentos nutritivos.

SOFÍA — ¿Te habrán regalado todos los curas de Soria?

EVEL. — Todos; hasta don Agamenón, que tiene fama de tacaño.

ETEL. — ¿Y qué te ha regalado?

EVEL. — Un cochino. Está en el corral, hay obsequios que no se pueden exponer.

SOFÍA — ¿Y tu futuro?

EVEL. — No tardará en venir. Ayer llegó de los baños. No le esperábamos tan pronto.

ETEL. — ¿Y viene bueno?

EVEL. — Bueno, sí; pero herido.

SOFÍA — ¿Cómo?

EVEL. Tiene una herida en la frente; de tal forma, que si no se le viera más que la cabeza, parecería una hucha.

SOFÍA ¿Y cómo se la ha producido?

EVEL. Es inexplicable; nadie lo creería: jugando a la rana.

ETEL. Ya, ya.

EVEL. Según dice Poncio, ese es el juego que está hoy de moda en la buena sociedad. Figuráos que se celebraba un campeonato de rana entre los bañistas; la lucha era encarnizada, mi Poncio llevaba la mejor parte y estando interesado en las tiradas de un adversario, se acercó tanto al aparato, que uno de los tejos que iba al cajón de los diez miles, se le metió en la cabeza. El pobrecillo perdió el conocimiento.

SOFÍA Era de cajón.

ETEL. ¿Y le quedará señal?

EVEL. Creo que no ha de estropearle el rostro.

SOFÍA En cuanto a eso, hija, puedes estar tranquila.

ETEL. El pobrecillo tiene una cara que no pierde.

SOFÍA Buena diferencia de él a tu otro pretendiente, Severino Ortígola, el farmacéutico.

EVEL. Os advierto que Severino no me dijo nunca nada... únicamente observaba yo que cuando nos encontrábamos, me miraba mucho y su respiración era anhelante y alterada.

SOFÍA ¿Y él no se te ha declarado?

EVEL. Sí, al día siguiente de pedirme Poncio. ¡Como comprenderéis, era demasiado tarde!... Desde entonces, todas las noches me paseaba la calle De dos a tres, empezaba a lanzar estornudos al pie de mi reja y allí permanecía impasible luchando con el relente hasta que yo, compadecida, me asomaba para hacerle comprender la imposibilidad de dar oídos a su amorosa demanda.

ETEL. ¿Y tu Poncio no ha sospechado nada?

EVEL. Ni una palabra.

TERESA (Saliendo.) El señor Ortígola pregunta por la señorita.

ETEL. ¿El?

SOFÍA Qué atrevimiento.

TER. Viene a traer el regalo de boda.

EVEL. ¡Ah, pues que pase, no le hagas esperar! (Vase Teresa.)

SOFÍA ¡Pobrecillo!
ETEL. ¡Qué atento!
SEVERINO (Entrando) Buenos días, Eveliana... buenos días, Etelvina... buenos días, Sofía.
EVEL. Pase usted, Severino, y siéntese.
SEV. Pasar sí, sentarme no... yo no puedo... yo no debo permanecer mucho tiempo aquí... ¿para qué abrir la jaula del pájaro sin alas?... para qué deslumbrar a la alondra con el espejuelo?... ¿para qué enseñarle flores a la mariposa disecada?..
EVEL. ¿Para qué dice usted tanta tontería?
SEV. Usted, Eveliana, usted sí que es una tontería, pero no quiero divagar. No debo divagar... Definitivamente no divago... ¿Que por qué he venido?, preguntarán ustedes perplejas ya y un si es no es anonadadas... Pues vengo, Eveliana, a darle a usted mi recuerdo... un recuerdo modesto, como mío... yo quisiera darle a usted muchos recuerdos.
EVEL. Gracias, Severino. Agradezco en lo que vale esta prueba de amistad y simpatía. (Cogiendo de manos de Severino un estuche de madera.)
SEV. ¿Amistad, dice usted? Es poco. ¿Simpatía, dice usted? Es poquísimo... usted no sabe lo que encierra esto.
EVEL. Pero lo voy a saber ahora mismo. (Abriendo la caja.)
SEV. En esa caja hallará usted una porción de productos farmacéuticos indispensables en todas las casas. (Con naturalidad.) Remitimos botiquines a provincias... Ahí hallará usted laxantes, astringentes, emolientes y calmantes.
EVEL. Utilísimo.
SEV. Cualquier indisposición puede ser inmediatamente atendida.. ¿Que el estómago no marcha bien? Bicarbonato, magnesia, estomacalina y cien remedios más. Cada uno de ellos cura por sí solo. Tomando de todos a un tiempo se puede uno morir.
ETEL. Hay de todo.
SOFÍA Mirando esta caja le da a una gana de ponerse mala.
SEV. Ahí verá usted, Eveliana, un frasquito muy pequeño...
EVEL. ¿Este?
SEV. Ese.

EVEL. ¿Qué es?

SEV. (Casi llorando.) Léalo... Fíjese. Yo estoy en todo.

EVEL. (Leyendo la etiqueta del frasco.) Denticina.

SEV. (Dramático.) Sí, señora, denticina... yo soy así. Denticina. ¡Soy heróico! ¡Pero no puedo más! ¡Me ahogo! Adiós, Eveliana; adiós, Sofía, adiós, Etelvina.

EVEL. ¿Pero se va usted ya?

SEV. Sí, me voy; me voy.

EVEL. Muchísimas gracias, Severino.

SEV. Gracias... ¡Usted las tiene todas!... Adiós... Que le siente bien todo eso... ¡¡Hasta la denticina!! (Vase.)

SOFÍA ¡Pobre chico!

ETEL. ¡Se va llorando!

EVEL. ¡A mí me ha cqnmovido!

SOFÍA Indudablemente has despertado en él una pasión.

EVEL. Pues que la duerma, hija.

(Sale DON HUGO.)

HUGO (Es un sacerdote de unos cincuenta y cinco años, aseado y cuidadoso de su persona.) Buenas tardes, jóvenes.

ETEL. Buenas, don Hugo.

HUGO Qué, ¿están ustedes viendo los regalos de mi sobrina? ¿Y qué les parecen?

SOFÍA De muy buen gusto.

HUGO Ya lo creo; sobre todo estos jamones deben tenerlo exquisito.

ETEL. Y cuantísimos.

HUGO ¡Ah! Pues aún faltan.

EVEL. Creo que no.

HUGO Que yo sepa, falta el regalo de don Sebastián, que es otro jamón, y el de sus hermanas que son unas gallinas ponedoras.

ETEL. Es maravilloso que todos los sacerdotes de Soria hayan coincidido en regalar productos alimenticios.

HUGO Maravilloso no, porque yo se lo indiqué de una manera delicada. Al día siguiente de anunciarse la boda tuve la habilidad de poner un ejemplo alusivo a la de mi sobrina, y muchísimos feligreses han contribuído a enriquecer la despensa de los futuros cónyuges.

ETEL. Nosotras lo oimos y en el momento que terminó, llenas de unción, nos fuimos a la

tienda de comestibles de Mermelada y Compañía, con objeto de adquirir las modestas latas de galletas que hemos tenido el gusto de enviar.

HUGO Modestas, al contrario; son las mayores latas que hemos recibido. Hablando de otra cosa, y Poncio, ¿no ha venido?

EVEL. Aun no. Espero que no tardará.

TER. (Saliendo.) Señorita, acaban de llegar los señores de Cuervo.

EVEL. ¡Ay, Dios mío!

SOFÍA Vámonos, vámonos.

HUGO Pero, ¿qué les pasa a ustedes?

ETEL. ¿Y lo pregunta usted, don Hugo? No sabe que está demostrado que los de Cuervo llevan a todas partes la mala sombra?

HUGO Esas son hablillas.

SOFÍA Además, son los encargados de trasmitir a todo el mundo las malas noticias.

HUGO ¿Y qué? Lo mejor es no hacerles caso. Cuando dicen una cosa desagradable se echa uno a reir y en paz. (A Teresa.) Diga a los señores de Cuervo que pasen.

TER. Está bien. (Vase.)

EVEL. Con su natural tristeza, nos van a meter el corazón en un puño.

HUGO No se preocupen y hagan lo que yo; a cada mala noticia una carcajada.

SOFÍA ¿A qué vendrán los Cuervos a esta casa?

ETEL. Al olor de la carne fresca.

(Salen JEREMÍAS y PROSERPINA.)

JER. (Muy triste.) Santas y buenas tardes tengan todos.

PROS. (Idem.) Hago mías las palabras de mi esposo.

HUGO Adelante, señores de Cuervo.

EVEL. Siéntense.

JER. Adopto, agradecido, la posición cómoda con que se me brinda. (Sentándose.) Adóptala tú también, Proserpina.

PROS. (Sentándose.) Te secundo sumisa.

HUGO ¿Y cómo tanto bueno por esta casa?

JER. Habíamos pensado venir a visitar a la novia y no hemos querido aplazarlo, porque si Proserpina refresca la memoria recordará de que el año pasado, en situación análoga, pensamos visitar a la de Zarandillo, que se iba a casar a los pocos días... No fuimos y se deshizo la boda.

SOFÍA ¿Por qué?

JER. Porque falleció el novio repentinamente, como recordará Proserpina si ha refrescado.

(Don Hugo y las muchachas se ríen.)

PROS. Dices bien, Jeremías.

JER. Hay cosas que tienen lo que yo llamo maleficio y el vulgo mala pata.

EVEL. ¿Y qué cuentan ustedes de bueno?

JER. Que parece ser se han presentado en Soria varios casos de fiebres sospechosas.

HUGO ¿Fiebres en Soria? (Riendo a mandíbula batiente.) Ja, ja, ja, ja.

EVEL. Es gracioso.

JER. ¿Se esparcen ustedes con tan grata nueva?

PROS. Es incomprensible.

HUGO Entre nosotros reina la alegría en forma tal, que no existe nada capaz de entristecernos.

JER. Pues es una fortuna que tengan ustedes ese humor hilarante, con la de calamidades que pasan en el mundo. Hoy mismo hemos estado paseando por las eras y nos han asegurado que la cosecha está perdida.

PROS. Este calorazo no puede ser bueno para el campo.

JER. Ni para nada. Ayer se murió uno de insolación.

PROS. Y anteayer otro.

JER. Y sin embargo, eso no es nada. Para calor el que pasé yo cuando estuve en Madrid. Era el año del cólera.

HUGO ¿No ha vuelto usted desde entonces?

PROS. A Jeremías le entusiasman los viajes; pero no por España.

JER. España es un país que no tiene nada que ver. Conocida Soria se da uno idea de todas las demás capitales... En cambio, el extranjero...

PROS. ¡Oh, el extrajero!

HUGO ¿Ha visitado usted muchas poblaciones?

JER. Una enormidad... Estuvimos en París precisamente cuando asesinaron a Carnot.

PROS. Hemos visitado infinidad de sitios. En Lisboa nos encontrábamos cuando asesinaron al Rey don Carlos.

HUGO ¿No estuvieron ustedes en Bombay cuando la peste bubónica?

(Don Hugo y las chicas se retuercen de risa.)

JER. Veo, mi querido don Hugo, que en esta casa reina el buen humor por doquier.
EVEL. No tenemos razón para otra cosa.
PROS. ¿Oyes, Jeremías, lo que dice la pobre Eveliana?
JER. Lo oigo, Proserpina, y la amargura me hace un nudo en la garganta.
EVEL. ¿Por qué dicen ustedes eso?
JER. Por nada, Eveliana. por nada...
PROS. Habla, Jeremías. Tarde o temprano ha de saberlo.
HUGO Hable usted con entera libertad. No nos hace impresión nada.
JER Pues bien, Eveliana, nosotros no la hemos enviado un recuerdo por su boda, porque cuando íbamos a hacerlo, nos hemos enterado de que no se podía usted casar.
EVEL. ¿Por qué?
PROS. Porque don Poncio del Moral, su prometido, está casado ya.
HUGO ¿Casado Poncio? (Riéndose.) Hay para morirse de risa.
EVEL. (Idem.) No siga usted, por Dios.
SOFÍA Graciosísimo.
JER. ¿Se ríen ustedes?
PROS. Encuentrólo incomprensible.
JER. Mi querido don Hugo: su carácter de sacerdote está reñido con su solaz.
HUGO Déjeme usted, don Jeremías, que voy a estallar.
EVEL. ¿Y cómo han averiguado ustedes esa noticia tan estupenda?
PROS. Por los periódicos.
JER. La prensa periódica ha lanzado a los cuatro vientos de la popularidad la noticia nefasta sí que también, por lo visto regocijante, de que don Poncio del Moral está casado.
EVEL. ¡Casado!
JER. A piedra y lodo.
PROS. En los baños de Borrajas, su prometido de usted se ha desafiado con don Eduardo Oropesa, diputado por Soria.
EVEL. ¿Qué dice usted, señora; usted sueña?
JER. Ojalá. Vea, vea usted, angelical Eveliana, vean ustedes, señores, estas fotografías del *Mundo Gráfico*... vean ustedes. Esta fotografía que parece una kermesse... véanla y estupefacciónense. (Leyendo.) «Encuentro a sa-

ble entre el exquisito catedrático de Psicología de Soria don Poncio del Moral y el elocuente Diputado por la misma capital, señor Oropesa...» Vean ustedes la fotografía. Este que está de rodilles en mangas de camisa con los pelos de punta y el sable bajo el brazo es don Poncio... Este otro es don Eduardo... Don Eduardo como puede verse tira a dar.

EVE. ¡A ver! ¡A ver!... ¡Es él, Dios mío! ¡Mi Poncio!

HUGO ¿Pero en qué se le nota que esté casado?

JER. La fotografía no lo registra; pero *La Ultima Hora del Agüista*, periódico local, descubre la bigamia con pelos y señales. Desdobla, Proserpina.

PROS. (Desdoblando un periódico, que saca del pecho, y entregándoselo a Jeremías.) Segunda plana, tercera columna, primera titular: «Por un vaso de agua sulfurosa.»

JER. (Leyendo.) «En el establecimiento balneario de Borrajas se registró días pasados un suceso que pudo tener trágicas consecuencias, y del que fueron protagonistas dos agüistas muy conocidos en la alta Sociedad de Soria. La bella esposa del exquisito pedagogo soriano, don Poncio del Moral, agredió en la llamada fuente del Hambre, a la no menos bella prometida del elocuente diputado de la mayoría, señor Oropesa.» (Sin leer.) Sigue tú, Proserpina. (Entregando el periódico a Proserpina.)

PROS. (Leyendo.) «Los respectivos representantes de las bellas y acuáticas damas concertaron *ipso facto*, un lance a sable que en este momento, las doce de la mañana, se está verificando con extraordinaria animación y general aplauso en las afueras del Balneario. En este momento el exquisito pedagogo de Soria acaba de venir a tierra con una herida en la parte superior del cráneo de cinco centímetros de extensión, producida por el sable del señor Oropesa que caía de filo y además con insolación de pronóstico reservado producida por el sol que caía de plano.» (Sin leer.) Helo ahí todo.

EVEL. ¡Poncio casado! ¡Poncio marido de otra! ¡Qué vergüenza!

HUGO ¡Qué bochorno!

EVEL. ¡Poncio casado! ¡Poncio desafiado! ¡Poncio batido!

PROS. No te amilanes, Evelianita, considera que hubiera sido muchísimo peor que te hubieras enterado después de casada.

SOFÍA ¡Qué infame!

EVEL. ¡Y nosotras que nos creíamos que era más infeliz que un columpio!

HUGO Es para cogerle por una paletilla y darle un mordisco.

EVEL. Esto no se arregla con los dientes, tío... ¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué va a ser de mí? ¡Qué desgraciada soy!

HUGO No te acongojes, en último caso nunca te faltará un partido mejor que ese mastuerzo... Se le devuelve su palabra y se acabó. Así como así, no creo que se trata del Perseo de Benvenutto Cellini...

PROS. Eso sí. Como féo no tiene el demonio por donde cogerle.

HUGO ¡Y pensar que nos había hecho creer que lo dela frente era un tejo que le habían tirado!

EVEL. Pero, ¿y si todo eso fuera un error?... Yo no me decido a creer que Poncio sea un aborto de la naturaleza... tiene una cara de primo que deslumbra.

PROS. Ríase usted de esos seres que no son capaces de matarse un parásito porque les da pena y en cambio con toda dulzura se lo colocan en el cogote al amigo más próximo.

HUGO Señora, por Dios. Es usted de unas comparaciones que pican.

SOFÍA Yo creo que debíamos poner un telegrama al dueño del balneario pidiéndole aclaraciones.

HUGO No me parece mal.

JER. Bueno pues mientras ustedes lo redactan y una vez cumplido nuestro luctuoso deber, nosotros con su permiso nos distanciamos... Abrirle los ojos a un enamorado que se empeña en soñar, es lo mismo que intentar cruzar el Atlántico en bicicleta... Pero nosotros lo hemos creído un deber de conciencio.

PROS. Por eso hemos venido a comunicarles a ustedes lo que ocurr a aun sabiendo que in-

curriríamos a la postre en su enojo, porque decir la verdad, dejarse perilla y montar en tío vivo, siempre han sido cosas tan innecesarias como ridículas. No hay que darle vueltas... Buenas tardes. Adiós todos y discúlpennos si les hemos causado molestia o malestar. La intención no ha podido ser más mirífica. ¿No es verdad?

JER. Mirifiquísima... ¿Vamos, Proser?

PROS. Cuando quieras, Jere. (Hacen mutis.)

EVEL. ¡Ay tío de mi alma, qué desgraciada soy! ¡Casado con otra! ¡Casado mi Poncio! ¡Pero si no puede ser!

SOFÍA Con aquella cara.

EVEL. Hay que enviar un telegrama a Borrajas. Poncio no nos dirá la verdad de ninguna manera... Aquí mismo. (Escribiendo en el márgen de un periódico.) «Francisco Toca Borrajas. Diga si Poncio del Moral ha hecho temporada aguas sulfurosas acompañado esposa legítima. Diga si ese canalla, feo, hipócrita, psicólogo...»

HUGO (Que ha estado contando aterrado con los dedos las palabras del telegrama.) Los insultos por carta. Quince céntimos, quince gramos. Por telégrafo se los lleva el aire y cuestan más que un juicio de faltas.

EVEL. Es que no estoy para nada.

HUGO Pues déjalo. Yo visitaré luego a las de Henestrosa que creo que llegaron hace unos días y ellas nos enterarán mejor que nadie.

EVEL. Tiene usted razón, es lo mejor.

HUGO Y lo más económico.

SOFÍA Voy a llamarlas por teléfono a ver si están en casa.

HUGO Voy contigo, porque si no tienes para rato. Se empeña en hablar por el auricular y en escuchar por la bocina y así no hay medio. (Vase con Etelvina y Sofía.)

EVEL. ¡Si no puede ser, sino es posible! ¡Ay madre de mi alma! Yo voy a morirme de vergüenza... encima de que me había resignado a a casarme con él a pesar de ser tan ridículo. (Llorando amargamente.) Yo que creía que era digna de una cruz y ahora resulta que se ha adelantado otra heroína.

(Entra PONCIO con su trajecito de trabilla, un frégoli de paja y unas botas blancas de puntera de charol.

Trae un ramo de flores con el que se acerca donjuanesco y meloso a Eveliana.)

P. MORAL ¡Ave, Eveliana!... ¿Puede permitirse a unas hermanas en candor en fragancia y en poesía, saludar fraternal y aromáticamente a su benjamina? ¿Sí? Pues ahí tienes, tierna Eveliana, esas polícromas y opalescentes rosas de té que me evocan un paisaje de Ilo-Ilo; ese cárdeno lirio que me evoca el sagrado loto del Ganges, este sentimental miosotis, que ya no es mío, y que me evoca a Eunife muriendo en la bacanal romana bajo lluvia de pétalos... y por último, este lindo Don Diego que me evoca una obra de Moreto, a Velázquez y al padre de Don Juan Tenorio.

EVEL. ¿Y no le evoca a usted a Diego Corrientes, caballero?

P. MORAL A Diego Corrientes, no. Diego Corrientes no es emotivo.

EVEL. Caballero, yo he tratado gente fresca en este mundo, pero vamos, tratarle a usted es invernar en el Polo.

P. MORAL ¿Puedo inquirir por qué se me rebaja la temperatura hasta ese extremo escalofriante?

EVEL. Es usted un monstruo.

P. MORAL Caramba, Eveliana, un monstruo me parece un poco excesivo. Ya sé yo que no he nacido precisamente en el Museo del Louvre, ni siquiera en la galería del Vaticano, pero tampoco me parece que soy para que se me exhiba en unas ferias.

EVEL. ¿Qué ha hecho usted de la primera?

P. MORAL ¿Que qué he hecho de la primera? ¿De qué primera?

EVEL. De la de los baños.

P. MORAL La entregué en la estación. Pero no era primera. Era segunda. Yo no me puedo permitir ciertos lujos.

EVEL. ¡Caballero!... No sé hasta qué punto será pedagógico el tomarle el pelo a una señorita.

P. MORAL ¿Cómo tomar el pelo?... A ver. A ver. Infiramos... sentemos las premisas. Deduzcamos después. «Pienso luego existo»—que dijo Descartes. Sin conocer no puede haber justicia. *Constans et perpetuas voluntas*—que dijo Justiniano... La razón es una actividad del conocer. Conozcamos primero para razonar seguidamente. El apetito sensitivo...

EVEL. Todo eso lo deja usted para el día dos de octubre que empieza el curso. Ni esto es, una cátedra, ni yo he tenido el mal gusto de matricularme en su asignatura, ni usted tiene vergüenza ni la ha tenido usted en su vida... Esa es la primera premisa.

P. MORAL ¡Evelianita!... Supongo que esas palabras serán un inofensivo y regocijante calambur.

EVEL. ¿Qué has hecho de tu esposa, monstruo?

P. MORAL Que qué he hecho de mi esposa... ¿de qué esposa?

EVEL. De la tuya, de tu legítima esposa, de esa pobre mujer a la que has abandonado para finjirte soltero y hacerme a mí el amor.

P. MORAL Yo debo estar soñando... yo casado... yo abandonando mujeres. Pero, ¿quién te ha contado esa película?

EVEL. Esta fotografía y *La última hora del agüista*, que acaba de llegar.

P. MORAL (Aparte.) Ha llegado mi última hora. (Alto y al ver la fotografía.) Eveliana, perdón...

EVEL. ¿Confiesas?

P. MORAL Confieso que la fatalidad me persigue, el Ananké que decían los griegos.

EVEL. ¿Luego estás casado? ¿Luego no eres libre?

P. MORAL El aire es un presidiario con camisa de fuerza comparado conmigo.

EVEL. ¿Pero esa mujer?

P. MORAL Más libre que yo.

EVEL. ¿Y ese desafío?

P. MORAL Una Kermesse.

EVEL. ¿Y esa fotografía?

P. MORAL Un daguerrotipo.

EVEL. ¿Y la información?

P. MORAL Un canard.

EVEL. ¿Y ese sablazo que te dió Oropesa?

P. MORAL Una barbaridad. Don Eduardo que se ciega... pero fué jugando.

EVEL. Un sablazo en la frente.

P. MORAL Eso creía yo, pero don Eduardo me lo quitó de la cabeza.

EVEL. Eres un cínico.

P. MORAL Un cínico. ¿Un cínico yo? Yo lo que soy es un mártir, un hombre agradecido. ¡Si no fuera porque la gratitud me pone un bozal!...

EVEL. ¿Pero estás casado o no? Responde. Todavía quiero creerte... ¿estás casado?

P. MORAL No lo sé. Yo juraría que no... yo te amo a tí sobre todas las cosas.. yo quiero unirme a tí... tú y mi cátedra erais todas mis aspiraciones en la vida hasta que se me ocurrió ir a pasar unos días al balneario.

EVEL. Pero, ¿y esa mujer?

P. MORAL ¿Cuál?

EVEL. La tuya. ¿No es tu esposa?

P. MORAL No sé. Quizás... Dios mío... en mi lugar quisiera yo ver a Schopenhauer o a Renan o a Niestzche o a Bun. ¿A ver qué hacía Bun?

EVEL. ¡Qué desgraciada soy!

P. MORAL ¿Pues y yo Eveliana, soy yo alguna verbena?

EVEL. ¿Pero qué ha pasado en los baños? Habla, explícate.

P. MORAL No me preguntes nada. La gratitud me ha amordazado. El corazón se me sube a los labios al ver tu legítima angustia, pero la gratitud pone un sello irrompible a mi boca y no puedo, Eveliana, no puedo justificarme... yo daría ahora cualquier cosa por poderte decir: «Soy puro como el aliento de los ángeles» pero no puedo... Hay un deber que me obliga a enmudecer... Y aunque todos mis sueños se conviertan en ceniza, no puedo decirte que soy puro!

(Salen DON HUGO, SOFÍA y ETELVINA.)

HUGO Caballero.

P. MORAL ¡Don Hugo de mi alma!

HUGO Menos efusión, caballero... no puedo arrojarle a usted de esta casa como usted se merece, porque da la casualidad de que la ha alquilado usted, pero nosotros somos los que la abandonamos para siempre... Y si yo no fuera un pobre sacerdote ya le enseñaría yo a usted a comportarse con una señorita.

SOFÍA Ha abusado usted de nuestra debilidad.

ETEL. Si hubiera vivido su padre, a estas horas le hubiera llevado a usted al campo del honor.

P. MORAL No, al campo del honor, no... más días de campo, no.

HUGO Dé usted gracias a que por respeto al nombre de mi sobrina no quiero llevar este asunto a los tribunales... Pero yo tengo que dejar en buen lugar nuestro honor y nuestra casa... yo hablaré con el Director del

Instituto, y si le forman a usted expediente y si le quitan la cátedra no será culpa mía.

P. MORAL ¿La cátedra? ¡Quitarme la cátedra! ¡A mí, que sé más filosofía que Descartes? (Riendo.) ¡Ja, ja!

HUGO Iré a ver al Obispo, pediré recomendaciones... usted se va de Soria.

P. MORAL No, señor. Hasta ahí llego y de ahí no paso. La cátedra no. La cátedra es intangible... yo cantaré.

HUGO ¿Cómo que usted cantará?

P. MORAL Pues no faltaba más. A cuatro voces, más que Titta Rufo, Tito Schipa, Tito Livio y todos los Titos... Un concertante. ¡Vamos! La cátedra no me la quita a mí ni Bravo Murillo.

(Salen DOÑA BÁRBARA, NIEVES y EDUARDO.)

BÁRB. Buenas tardes... ¿pero qué es eso? ¿Qué ocurre en esta casa?

NIEVES (Por don Poncio.) ¿Este hombre aquí?

EVEL. (Echándose al cuello de doña Bárbara y llorando como dos Magdalenas.) ¡Ay, doña Bárbara de mi alma!

BÁRB. Pobre criatura. Ya lo sabes todo... las malas noticias son como la pólvora... ¡pobre ángel sacrificado a la maldad de ese monstruo!

NIEVES Recréese usted en su obra.

SOFÍA ¡Pobre amiga mía!

BÁRB. Debiste matarlo... hay crímenes que no se pagan con la vida.

EVEL. ¡Infame!

BÁRB. ¡Malvado!

ETEL. ¡Criminal!

P. MORAL (A Eduardo.) Convengamos, señor Oropesa, en que a mi lado Job es un revolucionario.

EDUAR. Silencio... (Alto.) Señores, yo creo que no deben ustedes exagerar las cosas...

SOFÍA Usted es un alma sin hiel, don Eduardo.

EVEL. Un ángel.

EDUAR. Llévense ustedes a Eveliana un momento, que yo necesito hablar un instante con este caballero.

BÁRB. Imposible. No se reconciliaron ustedes sobre el terreno.

EDUAR. Continuaremos sin reconciliarnos, pero yo necesito exigirle cuenta estrecha de su conducta. Un sablazo no basta.

P. MORAL Va en opiniones. Yo creo que sobra.

EDUAR. Ya hablaremos a solas, señor mío. Hagan ustedes el favor de dejarnos.

HUGO Anda, hija mía.. cálmate... don Eduardo es muy buen amigo nuestro.

EVEL. ¿De manera que tú conoces a su mujer?

NIEVES Una arpía, una descocada. Tal para cual.

BÁRB. Ha sido la irrisión del Balneario.

SOFÍA ¡Pobrecita mía!

ETEL. ¡Quién te iba a decir que ibas a dar con un canalla semejante! (Hacen mutis todos, menos Eduardo y Poncio.)

P. MORÁL Don Eduardo... comprenderá usted que esto es el apoteósis sublimado de la primez andante. Usted tendrá derecho a mi gratitud, a mi consideración, a mi cariño, hasta a los cincuenta y tres duros de mi cátedra si usted se empeña... pero vamos, de eso a destrozarme la boda y ponerme como una bayeta de cocina y hacerme un siete encima—encima del frontal —hay una distancia que no la recorre un campeón de side-car.

EDUAR. Los hombres son para las ocasiones, ámigo don Poncio.

P. MORAL Sí, pero vamos don Eduardo, lo que está usted haciendo conmigo se cuenta con música y no se cree...

EDUAR. Pero vamos a ver, ¿no ha prometido usted salvarme aun a costa de su vida? Recuerde usted que cuando las oposiciones hice un viaje exprofeso a Madrid para recomendarle a usted al tribunal. Recuerde usted que desde el Presidente del Consejo hasta la ideal Camagüeyana, amiga íntima de uno de los jueces, le recomendaron a usted todas las fuerzas vivas de la Nación... «Don Eduardo—me decía usted—Basilisa, Presidente del Tribunal es republicano. Apriete usted a Basilisa.—Y yo apretaba a Basilisa.—«Don Eduardo, Justo Delicado, el técnico del Tribunal está abonado al Chantecler,—y yo detrás de la Chelito como si la fuera a leer una revista hasta conseguir que Delicado hincase el pico...» ¡Me ha hecho usted rodar como un zarandillo...

P. MORAL ¡Cómo olvidarlo, señor Oropesa! Pues si no fuera por el récuerdo de aquellos días luctuosos, ¿cree usted que aquel mandoble con

que me hizo usted ver todo el sistema planetario se hubiera quedado en agua medicinal? .. No señor. Manso de espíritu, bueno... paciente y acomodaticio, pase... resignado y filosófico, ¡vaya usted con Dios!... pero primo alumbrado a la veneciana, no señor; ni aquí ni en el jardín de Academos.

EDUAR. No se ponga usted así... Baje usted la voz.

P. MORAL Bajo la voz por Delicado, por Basilisa, por el recuerdo de aquella jornada pedagógica... pero basta ya, ¿lo oye usted?, basta ya. O me devuelve usted mi crédito y me devuelve usted a Eveliana, o me van a oir los sordos.

EDUAR. Descuide usted, que yo lo arreglaré todo; pero no se exalte.

P. MORAL No me exalto.

EDUAR. Que no es para tanto.

P. MORAL Sí es para tanto, señor Oropesa, sí es para tanto. Desde que se me ocurrió ir a descansar a aquel maldito balneario—que si le han caído encima todas las maldiciones que le he echado debe estar a estas horas como para meterle en una salvadera—desde que fuí a Borrajas, mi vida es la Divina Comedia.

EDUAR. Le repito a usted que todo se arreglará.

P. MORAL Pero ¿cuándo? ¿Cómo?

EDUAR. Ahora mismo. Usted asienta a todo lo que yo diga.

P. MORAL ¿Cómo que asienta?

EDUAR. Sí, señor.. Usted asienta... Y cállese, que vienen hacia aquí... Y una advertencia postrera y telegráfica. Estoy arruinado. Mi novia es mi redención a metálico. Si por una imprudencia me estropea usted la boda, va usted a explicar Psicología, Lógica y Etica en la Polinesia.

P. MORAL ¡Mi cátedra!... ¡Mi cátedra es intangible!... La he ganado a pulso.

EDUAR. A usted le quito yo la cátedra y las narices. ¡Silencio, que vienen!

P. MORAL Las narices, puede; pero lo que es la cátedra...

(Salen DOÑA BARBARA, EVELIANA, NIEVES, ETELVINA, SOFIA y DON HUGO.)

HUGO Nada, nada, está decidido; nos vamos ahora mismo. Este caballero, o lo que sea, se en-

cargará de devolver todo ese alimento a los amigos.

BÁRB. Es usted un santo, don Hugo. Yo que usted le enviaba a presidio para toda la vida.

P. MORAL (Bajo a Eduardo.) O hace usted que se calle esa vieja espantable, o armo *ipso facto* la de San Quintín.

EDUAR. Señores, mi amigo don Pncio del Moral, catedrático por oposición—por reñida y memorable oposición—de Psicología, Lógica y Etica en el Instituto General y Técnico de Soria, no es un malvado, ni un infame, ni mucho menos un bígamo... El sabio filósofo don Poncio del Moral, tan popular e ilustre como su homónimo el del lavatorio, no ha sido nunca casado en lo más mínimo. Ha sido, sí, un poco calavera allá en su remota mocedad; pero los años, desgastando, sus energías y afeando como puede comprobarse su estética natural, han ido enfriando aquel fuego de la pasión juvenil... aquel fuego de la sangre moza... aquel fuego...

HUGO ¡Con qué calor le defiende!

BÁRB. Es un angel.

NIEVES Habla como una biblioteca.

EDUAR. Pero no por eso la estirpe de don Juan ha muerto en mi amigo. El héroe de Lord-Byron sigue latiendo en su espíritu, y don Poncio sigue siendo de madera... de madera de héroes. (Aparte a Poncio.) Asienta usted.

P. MORAL Asiento. De madera.

EDUAR. Don Poncio no es casado, y estoy por decir que no lo ha sido nunca. Sí, angelical Eveliana... Este hombre es un varón virtuoso digno de hacer *pendant* a aquellos varones barbudos y ejemplares de la Escritura.

EVEL. ¿Pero y lo de las aguas... ese desafío con usted?... ¿Por qué se desafió con usted?

EDUAR. Porque no tuvo más remedio. Lo exigía el honor de una dama ofendida. Una mujer arrojó un vaso con agua al traje de mi prometida... Yo saqué la cara por mi prometida y don Poncio sacó la cara por el vaso.

EVEL. ¿Pero quién era aquella mujer?

BÁRB. Su esposa legítima.

NIEVES La esposa legal de ese hombre. Ella misma se lo confesó a don León del Hierro.

SOFÍA — Y en los periódicos ha venido con pelos y señales.

ETEL. — Miren ustedes esta fotografía.

P. MORAL — Sí, efectivamente, soy yo; un poco movido, pero soy yo.

HUGO — Pero ¿y esa mujer? ¿Qué lazos le unen a usted con esa mujer, desventurado?

EDUAR. — Aquello fué una ráfaga... Aquella mujer no volverá a estorbarle en su camino... ¿Quién no tiene una historia de amor en su vida?... Perdónele usted, Eveliana... Además, señores, aquella mujer origen de esta enojosa peripecia, aquella mujer a la que este hombre sedujo cuando apenas era una niña, según me acaba de confesar hace un instante, aquella mujer... ¡aquella mujer ha muerto!...

P. MORAL — Menos mal.

TODOS — ¡Ha muerto!...

EDUAR. — Para siempre... Teja el olvido un velo tupido y piadoso que sea sobre el cuerpo de aquella desdichada criatura tan prematuramente arrancada a los encantos de la tierra una oración, un recuerdo (*Ahogándose de emoción.*) y una corona de siemprevivas...

(*Al terminar Eduardo todos están haciendo pucheros.*)

HUGO — ¡Pobre mujer!

P. MORAL — ¿Me perdonas, Eveliana?... Aquello fué una ráfaga; ya lo ha dicho elocuentemente don Eduardo. Perdóname... ¡Por la memoria de aquella pobre muerta! (*Cae de rodillas a los piés Eveliana.*)

LEÓN — (*Aparece en la puerta y dice llamando hacia adentro.*) Pasen ustedes; aquí está este mamarracho.

MAX — (*Entrando.*) Boas tardes. (*Furioso.*) ¿Dounde está?

P. MORAL — ¡Mi tiazo!

MAX — Pasa, Nardiña; aquí o tenhemos.

(*Entra* NARDITA.)

EDUAR. — ¡Nardita!

NIEVES — ¡La muerta!

EVEL. — (*A Poncio.*) ¿Pero es la muerta?

P. MORAL — Sí... ¡La han evocado!

MAX — Perdonen vossas excelencias que venha a poneirme como un touro en una morada que no es a minha.

HUGO — ¿Qué le ocurre a usted, caballero?

MAX Deixa abandonada a sua muller e tenhe la poca aprençao de quererse casar outra ves.

EVEL. (Deshecha en lágrimas.) ¿Pero está casado de verdad?

LEÓN Es que lo ha negado ese bandido.

MAX Que si atreva a negarlo y le disparo toudas las terriveles balas d'iste terrivel canhón! (Amenazando a don Poncio con un revólver.)

LEÓN ¿A que no se atreve?

MAX ¡Atrévase, o macaco!

P MORAL ¡Qué he de atreverme con ese cañón¡

EVEL. ¡Casado al fin!

SOFÍA Despréciale.

ETEL. Es un monstruo.

BÁRB. Sobreponte, Eveliana, hija mía.

MAX ¿Il quizer casarse outra volta?

HUGO En cuanto a eso, no le quepa a usted la menor duda.

EVEL. ¿Acaso lo niegas, infame?

P. MORAL Tampoco. Yo no niego nada. Yo digo todo lo que ustedes quieran.

MAX Discolpen vossas senhorías, pero eu sento la sangre en viasce a la cabeça. Vo a deixar de ser Max Gamboa. Vo a ser o terror das feras... ¡Vo a entrar en la jaula!

P. MORAL ¡Me domestica!

BÁRB. Vámonos, vámonos.

NIEVES (A Eduardo.) ¿Y tú por qué dijiste que se había muerto?

EDUAR. Por salvarle; pero con un hombre así no es posible!

P. MORAL ¡Que no es posible!... ¿Usted dice eso?

EDUAR. Sí, señor, yo. ¿Qué hay?

P. MORAL ¡Dios mío!... ¡Estaré soñando!... ¿Estaré casado de verdad?... (A Nardita.) Dígame usted, señora, ¿es usted mi esposa?

NAR. Sí, señor.

BÁRB. Naturalmente.

EDUAR. ¿Lo ve usted?

P. MORAL (Llorando.) ¡Que no aguanto más, ale! ¡Que estó es un abuso, ale!

MAX ¡Fora toudos!... ¡Eu soi o fogo del inferno! Deixenme solo con él... ¡Va a començar o bombardeio!

P. MORAL ¡Perdón! ¡Perdón!... ¡No lo haré más! ¡Yo me muero! (Cae desmayado en una butaca.)

MAX (Que iba hacia él, se detiene) Un momento. (Le examina y dice quitándose el sombrero con gravedad.)

¡Votem fora os chapeos! ¡O menino ha subido a os Ceux!...

HUGO ¿Qué dice usted?

MAX (Solemne.) Que ha enderesado a perna.

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Rotonda de un hotel. Puertas numerosas a ambos lados. En el centro una mesa con tapete y sobre ella varios periódicos. Es de noche.

—

(Al levantarse el telón el ENCARGADO del hotel está hablando por teléfono con la portería del mismo.)

ENC. ¿Cómo?... ¿Qué dice usted, portero?... No se le entiende una palabra... ¿Eh?... ¡Acabará usted de estornudar!... ¿Eh?... ¿Que acaban de llegar cuatro viajeros?... ¿Y en qué tren han venido?... Ya, ya lo sé que ahora no hay ningún tren, por esó me sorprendo... ¡No estornude usted más, hombre!... ¿Un matrimonio?... ¿Y dos personas más?... Bien. Que suban al quince... Al matrimonio lo pondremos en el diecinueve... Bien, bien... ¡Jesús, hombre, Jesús!... Estasnoches de Soria son para constipar a una farola... Adelante, señores, adelante.

(Entran DON PONCIO, NARDITA, DON MAX y DON LEON, con sendas maletas.)

MAX La mía con vistas o Douro, ¿sabe su excelencia?

ENC. No tengo más que dos habitaciones. Una con dos camas, para los señores, y otra con una de matrimonio para la señora y aquí. (Por don Poncio.) La primera esta orientada al Mediodía y la segunda al Este...

P. MORAL La mía al Este, como es natural...

LEÓN Una noche se pasa de cualquier manera. Lo siento por usted únicamente; porque dicen que si ronco o dejo de roncar...

P. MORAL Un susurro. No tiene importancia. Ronca que relampaguea... Si le pilla en mala postura, esta noche creen en Soria que se han adelantado las ferias de San Saturio... Por lo demás, un susurro. En Borrajas le tuvieron que enguatar la alcoba...

LEÓN Ronco lo mío. ¿A qué negarlo?

NAR. Pues entonces valdría más que le pusieran a usted en otro piso... o en otro hotel...

P. MORAL O en otro partido judicial...

NAR. Nosotros estamos rendiditos. ¿No es verdad, maridín?

P. MORAL Sí, gloria...

ENC. ¿Van a tomar algo los señores?

MAX A mí me apetese muito una escarolada...

LEÓN Yo tengo un hambre de cien mil de a caballo ..

NAR. Y tú, maridín, ¿tienes hambre?

P. MORAL Un hambre de escuadrón.

MAX Prepare en os saloes de yantar... unas cuantas futilesas... Jamón, salchichao, lingua do porco.

P. MORAL Cabeza do jabalí.

MAX Uvas do Figueira, vinho do Madeira...

P. MORAL Queso de Gruyeira...

MAX Y dos o tres futilesas asao...

ENC. Los señores serán servidos al instante. Pueden pasar al comedor cuando gusten. (Vase el encargado.)

LEÓN ¡Ea! ¡Ya estamos aquí!

P. MORAL Sí, ya estamos aquí; pero yo no sé para qué me han traído ustedes aquí.

MAX Arado pelo fogo do inferno seja o Torrao maldito onde nascen a Folha d'este charuto.

P. MORAL Salvo lo de torrao no he entendido una palabra.

NAR. Déjenle en paz, tío.

P. MORAL Yo quiero saber para qué se me trae aquí. Yo necesito saber por qué se me ha obligado a dejar mi casa.

LEÓN Porque el sitio del marido está al lado de la mujer.

P. MORAL Eso se lo cuenta usted a San Pablo. Epístolas, no.

MAX Sobrino, oya.

P. MORAL Oyo.

MAX Disculpe si eu estive un poco violento con aquellas excelencias.

P. MORAL ¡Y con mi excelencia también! El estacazo que se sirvió darme su excelencia en esta clavícula no hay manera de disculparlo.

MAX El sobrinazo tenhe a culpa. ¿Quién le manda usurparle o nome al sior de Uropesa?...

LEÓN ¡Debía usted estar en presidio!...

P. MORAL ¡Ojalá!...

MAX Confieso que eu cegué.. ¡La excitasao! En cuanto me enteré de que el sobrinazo se había escapado de Borraijas deixando abandonada a la piorrinha y de que llamábase don Poncio—¡ché, qué nome tao sosinho!—cogí o junquinho dispuesto a no dejarle oso sano... Iste e el meu pronto... Cuando arrivé a Soria ya se me había pasado.

P. MORAL Si llega a estar Soria diez kilómetros antes, me deja usted para servir de señal en una novela...

MAX ¿E qué habrá sido d'aquellas excelencias?

LEÓN Todavía deben estar corriendo.

MAX Eu cegué... No más entrar oigo que le disen sinvergoña a minho menino y enarbolé meu junquinho.

LEÓN Y nos quedamos en familia... ¡El estacazo que le soltó usted a don Hugo encendía lumbre!

MAX ¡Ah, sí! ¡Aquel curasao!... También creo que le tocó algún juncaso.. El sobrinazo perdío a rasao.

P. MORAL Era lo más prudente... Maneja el tiaso el junco que me río yo de Vargas Machuca.

MAX El sobrinazo me debe una explicasao... Le hemos traído con nos para que cante...

P. MORAL ¡Cualquiera canta con la clavícula en carne viva!

NAR. Mañana cantará.

P. MORAL Mañana. Esta noche estoy engolado... (*Bajo a Nardita*) Mañana canto. ¡Vaya si canto!... Don Eduardo no puede abandonarme así... Una cosa es ser agradecido y otra es ser un lipendi; aunque este vocablo no sea muy parlamentario.

LEÓN Los fiambres se enfrían. Yo creo que debíamos pasar al comedor. Después de reponer las fuerzas tenemos tiempo de acordar lo que ha de hacerse con su marido.

NAR. ¿Con mi marido? Nada. Se guardarían uste-

des muy bien. No me he casado yo con él para que me lo vapuleen.

P. MORAL Eso digo yo.

NAR. Basta ya. Ustedes se meten en su casa y nos dejan a nosotros en la nuestra. ¿No es verdad, feo?

P. MORAL Sí, atolondro.

NAR. Y sobre todo usted... ¿A usted quién le mete en nuestros asuntos?

LEÓN ¿Cómo que quién me mete? Me meto yo.

P. MORAL Y no sale.

LEÓN Es mi carácter. Siempre que veo algo torcido me meto en ello y no salgo hasta que lo enderezo.

P. MORAL Y yo soy, por lo visto, un tobogán.

LEÓN Hasta que usted legitime su situación no le dejaré ni a sol ni a sombra.

P. MORAL ¿Pero para cuándo son las apoplejías?

MAX Bueno; vamos primero as saloes de yantar. Eu perdo as pernas de fame.

P. MORAL Y yo, Max... ¿Me das el brazo, Venus?

NAR. Con mucho gusto, Júpiter...

P. MORAL (Saliendo con todos) (El Olimpo me perdone, pero me gusta esta nenaza de una manera que extrae el cráneo...) (Mutis todos. Una pausa. Entra SEVERINO ORTIGOLA precedido de un CAMARERO.)

SEV. Que le pasen la tarjeta. Aquí le espero. (Vase el Criado. Severino se pone a examinar la habitación. De cuando en cuando pronuncia frases como «¡Miserable! ¡Canalla!» Luego entra DON PONCIO DEL MORAL.)

P. MORAL (Con la tarjeta en la mano.) ¡Don Severino Ortígola y Cuatrodedos.

SEV. Servidor de usted. ¿Usted es don Poncio, verdad? Se le conoce en la cara...

P. MORAL Sí, señor; como a todo el mundo. Por el borsolino es muy difícil diferenciar...

SEV. Caballero, a usted le sorprenderá el paso que he dado...

P. MORAL ¿A mí? A mí, no, señor.

SEV. Cuando mi papá se entere tendré un disgusto atroz. Mi papá, aunque boticario, es una fiera... Se nos ha ido mucha parroquia por eso...

P. MORAL Claro, si muerde, es natural...

SEV. Calcule usted la razón que me asistirá cuando a pesar del pánico que mi padre me in-

funde me he atrevido a dar este paso honroso... del que usted tendrá noticias.

P. MORAL Del paso honroso de usted, no. Del de Suero de Quiñones, sí... Pero... no acierto a relacionar...

SEV. ¡Caballero! Yo soy Severino Ortígola.

P. MORAL Y Cuatrodedos... ¡Vengan esos cinco!... tanto gusto.

SEV. Vengo a hacerle una recomendación.

P. MORAL Me parece intempestiva o si quiere usted anacrónica. De aquí a Junio...

SEV. Voy a explicarme.

P. MORAL Sí, explíquese; porque supongo que no me vendrá usted a buscar a estas horas para que le regale el programa de la asignatura.

SEV. ¡Caballero!... Yo no sé de qué paliativos valerme para decirle a usted que necesito su corazón...

P. MORAL ¡Mi corazón! ¡Así! Sin más ni más. ¿Y para qué le urge a usted mi víscera cardíaca... si es que puede saberse?...

SEV. Tengo una colección...

P. MORAL (*Levantándose aterrado y dándose cuenta de que Severino está como una cabra.*) ¡Re... Hegel!... (1)

SEV. ~~Una colección~~ de datos, una multitud de motivos para apreciar, señor don Poncio, que tiene usted menos vergüenza que un frasco de jarabe simple.

P. MORAL A usted hay que atarle.

SEV. Lo que ha hecho usted con mi Eveliana no tiene nombre.

P. MORAL ¿Con *su* Eveliana?

SEV. Eveliana es mi prometida desde hace media hora. Eveliana siempre me miró con buenos ojos, pero usted era catedrático... Yo no era más que el hijo de don Ismael, el eterno estudiante, el «suspenso crónico», como me llaman mis compañeros, y aunque mi padre tiene la botica abierta, yo, como porvenir, no soy el rey Midas. Eveliana, la pobre, como es tan romántica, sueña como todas las mujeres a su edad, con el príncipe azul, jinete en un caballo blanco. Y ¡claro!, usted no es un príncipe azul...

P. MORAL ¡Señor Cuatrodedos! A usted le voy a hacer una pequeña adición digital y le voy a dar

---

(1) Pronúnciese Rejeguel.

con el todo en las narices si no deriva usted el discurso por otro cauce...

SEV. Digo la verdad. Eveliana siempre me quiso *soto voce*. Usted la visitaba por las tardes y yo por las noches... En cuanto cerraba la botica me iba a su reja y allí nos estábamos charla que te charla y tose que te tose, hasta las dos o las tres ..

P. MORAL ¿Lo cual quiere decir que he estado haciendo el indio?

SEV. Como si estuviera usted empadronado en Calcuta.

P. MORAL ¡Y encima se atreve usted a tasarme la vergüenza!

SEV. ¡Hombre, sí! Darle palabra de casamiento a Eveliana estando casado es de una frescura de cinco mil metros sobre la cumbre del Himalaya.

P. MORAL ¡Mucho fresco, sí, señor! Pues construya usted encima una torre de Babel, póngale encima un obelisco y ni que le hubieran tomado a usted la temperatura...

SEV. Acabemos. En cuanto ha llegado a mis oídos la acción de usted, he corrido al lado de Eveliana. Don Hugo me ha ofrecido la mano de su sobrina, con tal de que obtenga de usted la debida reparación... Esta noche le he visto entrar en este hotel y me he dicho: esta es la ocasión... y aquí me tiene usted.

P. MORAL Pues mire usted, príncipe azul... Que yo he hecho el indio, eso no me lo cuenta a mí ni Su Alteza, ni el Ramayana... Y ahora le digo a usted lo siguiente: Primero, que a la señorita Eveliana puede llevársela Su Alteza en caballo blanco o en side-car. Segundo, que antes de cinco minutos se han agotado en Soria dos cosas: mi paciencia y el árnica de Su Alteza, y tercero y principal, que a Su Alteza le doy ahora mismo un puñetazo que va a contemplar el sistema planetario mejor que desde el Observatorio del Ebro.

SEV. ¡Usted a mí!

P. MORAL A usted le convierto en Flammarión de una bofetada.

SEV. ¡Caballero! ¡Esos no son modales dignos de un catedrático...!

P. MORAL Yo no soy ya un catedrático. Yo soy un fakir que se ha liado el turbante a la cabeza y

que le da a usted dos capones, ¡dos capones, sí, señor! ¡Aquí y en el Indostán!...

Sev. ¡Eso lo veremos!...

P. Moral ¡Cómo que lo veremos! ¡Presente de indicativo! (*Dándole dos tortas.*) Yo achago, tú recibes, él se achanta, nosotros nos zurramos...

Sev. ¡Socorro!

P. Moral ¡Mañana no hay árnica en Soria!...

Sev. ¡Socorro! ¡Qué tío más bruto!...

P. Moral Esta torta para Eveliana, esta para don Hugo y estos retales de mamporro para don Eduardo... ¡Ya me he soltado yo el pelo, ale! (*Se pone a conjugar a destajo el verbo pegar y entran* NARDITA, DON LEON *y* MAX, *quienes separan a los contendientes.*)

Nar. ¿Qué es eso? ¡Se están pegando!

Max ¡Están pegando outra ves *au meu menino.*

P. Moral Su menino está que maya, tiazo...

Sev. ¡Caballero! ¡Este cobarde atentado no quedará aquí! ¡Necesito su corazón!...

P. Moral Y yo el suyo y el de su señor padre...

Sev. ¡Servidor de usted!

P. Moral ¡A los Reales Piés de Vuestra Alteza! (*Sale Severino rascándose los chichones.*)

P. Moral ¡Ya me he soltado yo el pelo, ale!... Ahora van a saber de lo que es capaz un filósofo con tirabuzones...

Nar. ¡Pero qué te pasa, maridín?...

P. Moral Ese mancebo homeopático que ha venido a provocarme.

Nar. ¿Pero qué te ha dicho?

P. Moral Me ha dicho que he estado haciendo el indio, que mientras yo me consagraba al estudio, él se quedaba solo con mi dulce Eveliana. Le he dado un puñetazo en la mandíbula inferior, como para mandarle al Nirvana...

León ¡Usted pegando! No me cabe en la cabeza...

P. Moral Pues eche usted a remojar las barbas.

Max ¡Cálmese el memino, que a manhá será otro día.

Nar. ¿Pero se van ustedes ya?

Max Sí; vossés a deitar.

León ~~Y nosotros.~~ Yo tengo un sueño que me doblo.

Max Pues vea el amigazo de roncar con *discresao* y no como una locomotoura...

León No respondo. Cuanto más cansado estoy más fuerte ronco. Y esta noche estoy deshecho.

MAX — Si vossé no me deixa dormir, le meto una almohada en o palacio d'as respiraciones. En fin, vámonos que los piorrinhos tendrán que falar. (Aparte a don León.) Pero ni vossé ni eu vamos a nostra habitasao.

LEÓN — ¿Adónde quiere usted que vayamos?

MAX — A ver al curasao. Eu creio quil tenhe la culpa de que vengan a pegar a meu menino.

LEÓN — ¿Pero a estas horas?

MAX — Sígame... terror dos mosquitos... (Vanse los dos por el foro. Quedan solos Nardita y don Poncio. Don Poncio está destrozado, vencido. Nardita le contempla en silencio con una lástima inmensa. Después se acerca a él hablándole con mucho cariño. Procúrese dar a esta escena un leve tono de ternura, dentro, naturalmente, de la comicidad de los tipos.)

NAR. — (Después de una pequeña pausa.) ¡La verdad... dígame usted la verdad! ¿No es cierto que soy el ser a quien más odia usted en este instante?

P. MORAL — Efectivamente, señora; comprenderá usted que lo que ha hecho usted conmigo no es para que lleve su dije en la cadena del reloj...

NAR. — ¿Me aborrece usted?...

P. MORAL — No diré yo tanto...

NAR. — ¿Le soy muy antipática?

P. MORAL — No diré yo tanto ..

NAR. — ¡Estará usted deseando perderme de vista...

P. MORAL — Comprenderá usted, señora, que yo...

NAR. — Sí, sí; lo comprendo. He abusado de su bondad, de su nobleza; le he puesto a usted en ridículo. Por mí le han escarnecido, le han golpeado...

P. MORAL — Más padeció Jesús...

NAR. — ¡Es usted un santo!... Pero ya ha terminado su martirio. Ya le dejo a usted en paz para siempre...

P. MORAL — ¡Para siempre!...

NAR. — No me volverá usted a ver nunca... Mañana al ser de día nos iremos a Madrid... Pero no quiero irme sin su perdón. ¿Me perdona usted?...

P. MORAL — ¡Señora... aunque a usted le parezca imposible, a pesar de esta odisea, comparada con la cual la de Homero es una excursión a Aranjuez, a pesar de los cardenales habidos,

que tengo el cuerpo que parece que le he ofrecido un hábito al Nazareno, a pesar de los berrinches sufridos, alguno de los cuales bastaría para adelgazar a una estatua; a pesar de todo, señora, no la guardo a usted rencor...

NAR. ¿De verdad?

P. MORAL Está usted hablando con los cuatro Evangelistas. Usted es una víctima, usted es una pobre criatura, una hermosísima criatura, una estupefaccíente criatura sacrificada al brutal egoísmo de un hombre de quien no puedo hablar mal porque le debo cuatro mil pesetas anuales, incluyendo el quinquenio. Usted es una víctima como yo. Me refiero al orden espiritual; en el orden estético usted no se puede comparar más que con la Venus de Médicis, la Minerva de Fidias o la Flora del Ticciano. En cambio a mí se me puede comparar con cualquier buzón de correos, con ventaja para el buzón...

NAR. No es us usted tan feo...

P. MORAL Para puño de paraguas, no. Pero yo me resigno. Además, señora, los hombres al cromo me han fastidiado toda la vida. ¿Qué es la belleza fisica?—me pregunto yo.—Y me respondo lo siguiente: la belleza física es un convencionalismo. Ser un poco más alto o más bajo, más delgado o más grueso... Total: dos centímetros de hueso y cuarto de kilo de filetes. Eso es todo. En cambio el alma, esa sustancia simple, espiritual e inmortal; ese hálito divino que anima y purifica la materia... Ya San Isidoro en las Etimologías... Pero, señora... la estoy a usted durmiendo... Perdóneme usted. Es que me exalto. Es que si no fuera por la gratitud a Eduardo Oropesa le rompía yo el alma a pesar de ser una sustancia espiritual e inmortal. Sí, señora. Lo que su novio de usted ha hecho conmigo, no se hace con nadie.

NAR. Con nadie no, señor; únicamente con usted que es un pedazo de pan.

P. MORAL Todo miga, sí, señora. ¡Ah, pero don Eduardo no me dejará así!... Esta misma noche espero que vendrá en persona a libertarme de su tío de usted, que si usted me lo con-

siente le diré que me parece un poco bruto y de don León que es muy bruto, aunque usted no me lo consienta.

NAR. Eduardo no vendrá. Es un hombre egoísta, un hombre sin corazón. No vendrá. Por eso, porque lo sé me he decidido a confesar la verdad y a dejarle a usted en el lugar que le corresponde.

P. MORAL ¡Cielos, señora! ¡No me aterre usted! ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué nueva tragedia se agita sobre mi cabeza?

NAR. Esté usted tranquilo. Ya ha acabado su calvario. He escrito una carta a la señora de Henestrosa confesándoselo todo; diciéndole quién es Eduardo, participándole que se ha burlado de mí indignamente y que usted no es mi marido, que es usted un infeliz muy grande, que usted tiene las pruebas de que Oropesa es un sinvergüenza y que está usted dispuesto a demostrárselo cuando quiera.

P. MORAL ¡Señora, me ha partido usted por el eje y por el meridiano! ¡Ha esterilizado usted mis oposiciones al Martirologio en las que ya tenía segura la plaza! ¡Qué va a decir don Eduardo! ¡Qué va a decir esa irresistible señora de Henestrosa, que embiste de antipática! ..

NAR. ¡Que digan lo que quieran...! Ya era hora de que su martirio concluyese y de que cada uno de nosotros obtuviéramos nuestra correspondiente sanción. Yo le he ofendido a usted mucho. Yo he tolerado su sacrificio por no perjudicar a aquel ingrato a quien amaba todavía.

P. MORAL Es natural. Don Eduardo es apuesto, elegante, gracioso... Tiene todo lo necesario para encantar a las mujeres... Una nariz aguileña y un chaquet, también aguileño, tienen más importancia a los ojos de una Flérida moderna, que la mansedumbre de Job, que la sabiduría de Sócrates, que la grandeza heróica de Tirteo, poeta lacedemonio, más feo que yo, porque a todo hay quien gane. ¿Pero está usted triste, señora?

NAR. No, señor. ¡Para qué!... (Ligera pausa.) ¿Vámonos a acostar?

P. MORAL Hay plurales que escalofrían.

NAR. Es usted mi marido.

P. MORAL Señora, no me tome usted el pelo tan despiadadamente.

NAR. Es nuestra primera y última noche de matrimonio.

P. MORAL (Soltando un suspiro capaz de enternecer a una cantera.) ¡Ya no la veré a usted más!... Mañana cuando todo se haya aclarado, cuando ustedes se marchen, no quedará más recuerdo de todo este sueño, que un cardenal, una cicatriz y un poco de este agradable perfume a heliotropo que la envuelve a usted y que se irá desvaneciendo poco a poco a compás del cardenal y la cicatriz... Usted puede que se acuerde alguna vez de don Eduardo el Magnífico, de don León el Rinoceronte, hasta de don Hugo el Arcipreste, pero de quien no se acordará usted nunca, más que alguna noche de pesadilla que se duerma usted del lado del corazón, será de don Poncio el Filósofo...

NAR. ¡Quién sabe!... Le juro a usted que le considero como a alguien de mi familia.

P. MORAL Como a un primo...

NAR. Como a algo mío, algo muy íntimo y muy querido... Hemos jugado durante tanto tiempo a los matrimonios...

P. MORAL Y ahora que el juego se acaba...

NAR. Sentimos la tristeza que sienten los chiquillos cuando el juego concluye...

P. MORAL ¡Yo quiero jugar más!...

NAR. ¡Poncio!

P. MORAL ¡Nardita!...

NAR. ¡Hasta mañana, maridín!... Pero ahora que me fijo, ¿usted dónde va a dormir?

P. MORAL En cualquier sitio. En ese sillón, encima de la mesa, detrás del espejo... ¡Y pensar que esos mendrugos nos imaginarán muy juntitos en esa habitación orientada al Este, bajo un edredón de seda y muchas mantas!... ¡Adiós, Nardita! ¡Que usted descanse!... Yo me esconderé por aquí para que no me vean si se levanta alguien. Yo quisiera pasar la noche acurrucado a los piés de su cama como un perro fiel... Pero sólo de pensarlo se me ruboriza hasta el entrecejo...

NAR. ¿Pero y Eveliana?

P. MORAL Eveliana pasó a la protohistoria.

NAR. Le he destrozado a usted su boda. Su por-

venir acaso... ¡Cuánto tiene usted que perdonarme!...

P. MORAL No se preocupe por mí. Que sea muy dichosa es lo necesario. Yo no importo nada... (*A punto de llorar y haciendo una transición brusca.*) ¡Que usted descanse!...

NAR. Voy a sacarle a usted una almohada y una manta para que se recueste siquiera... (*Mutis.*)

P. MORAL ¡Poncio! ¡Desdichado! ¡Te has enamorado de la nenaza! ¡Pero adónde vas tú con esa cabeza que dan ganas de ponerte una boquilla de ámbar... ¿Adónde vas tú, menino, con esa exageración de morbideces? ¡Poncio! ¡Ridiculez pedagógica, conságrate a la escolástica y olvida a la nenaza! Tú sólo puedes ir por caminos áridos y yermos, y Nardita es la tierra de Canaám... ¡Qué bruto has sido, mi querido Poncio!... ¡Te daba así!...

NAR. (*Saliendo con una almohada y una manta.*) Aquí tiene usted, Poncio. No es de pluma precisamente, pero no podrá usted quejarse de la buena voluntad.

P. MORAL (*Mirando la almohada.*) ¡Caben dos!

NAR. ¿Qué dice usted?

P. MORAL Nada, señora, muchas gracias.

NAR. Que usted descanse.

P. MORAL Adiós, Nardita... Si sueña usted conmigo por casualidad, no pida usted socorro porque no muerdo.

NAR. Puede que sueñe. Hasta mañana... ¡Ah! No será necesario que corra el cerrojo, ¿verdad?

P. MORAL Señora, no faltaba más. ¿Para qué más cerrojo estando yo aquí? Pero córrale, córrale por si acaso. A lo mejor nadie está libre de un ataque de sonambulismo. Y figúrese usted que me dé a mí...

NAR. ¡Ay, no me asuste usted!... Además, con el sueño tan pesado que yo tengo...

P. MORAL ¿Lo tiene usted pesado? (*Pausa durante la cual don Poncio se relame.*) Corra usted el cerrojo y ponga dos sillas detrás de la puerta.

NAR. Adiós, Poncio...

P. MORAL Adiós, Nardita...

(*Desde la puerta.*)

NAR. ¿Me perdona usted?

P. MORAL Con toda mi alma.

NAR. Es usted muy bueno. Adiós, Poncio. (Muy dulce.) Voy a soñar... (Mutis.)

P. MORAL (Abrazándose a la almohada con entusiasmo delirante.) ¡Abracadabrante! ¡Ella sola en el lecho nupcial! ¡Y yo aqui solo y sin lecho de ninguna clase!... ¿En dónde me acomodo? Yo me acostaría encima de la mesa, sobre los periódicos, pero no me gusta oprimir a la prensa... Prefiero tumbarme en el suelo, ¿pero y si me pisan?... ¿y si sale mi tiazo y me descubre?... ¡Ah! ¡Sí, es lo mejor! Debajo de la mesa.. Me hago una pantalla con las sillas, y tan ricamente. (Mete la almohada y la manta debajo de la mesa.) Así. (Coloca a cada lado una hilera de sillas.) ¡Ajajá!... (Quitándose la americana y el chaleco.) No deformemos el vestuario... Me envuelvo en la manta y como las propias rosas. Ahora a la camita. (Se tumba debajo de la mesa.) Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y con el Espíritu Santo... Compadécete de mí, Dios mío, y dame *resignasao*, que buena falta me hace. (Pausa. Bosteza.) Don Eduardo vendrá a salvarme... y no me la quitarán. (Se duerme y dice soñando.) ¡La cátedra, no! (Duerme profundamente.)

(Queda sola la escena y a poco aparecen DON MAX, DON LEON, DON HUGO, EDUARDO y SEVERINO ORTIGOLA. Los dos primeros entran furiosísimos y los demás sujetándoles a duras penas.)

HUGO ¡Calma, señores, calma!

MAX ¡Suéltenme vossas excelencias que vo a facer una catástrofe!

LEÓN Y yo otra. (Va al cuarto de Nardita y golpea furiosamente la puerta.)

HUGO ¡Don Poncio es un mártir!

MAX Don Poncio es un sinvergoña. (Bramando.) ¿Saben vossas excelencias en dónde está ahoura?

LEÓN (Con acento dramático y golpeando la puerta.) ¡Está aquí! ¿Se dan ustedes cuenta?

MAX ¡Con a mía sobrina!

NAR. (Saliendo.) ¿Qué sucede?

LEÓN (Entrando en la habitación de Nardita como una tromba.) ¿Dónde está ese hombre?

NAR. ¿Quién, mi maridín?

MAX ¡Qué maridín, ni qué rapaciño morto!

EDUAR. Es inútil fingir, Nardita. Mi confesión coincidió con tu carta. Don Max lo sabe todo.

HUGO Venimos a rehabilitar a don Poncio.

LEÓN (Saliendo de la alcoba.) Aquí no está ese hombre. Como no haya huído por el balcón...

NAR. Poncio no ha entrado en mi cuerto. Cuando me retiré a descansar le dí una almohada y se acostó.

MAX ¿Pero dónde está?

NAR. (Después de mirar a todas partes y levantando el tapete que cubre la mesa.) Aquí le tienen ustedes dormido como un bendito.

(Aparece el seráfico don Poncio hecho una rosca.)

TODOS (Asombrados al verle) ¡Eh!

LEÓN Eso no es un hombre. Es una ensaimada.

HUGO ¡Salve, mártir!

EDUAR. Don Poncio. Despierte y perdónenos.

(Todos se arrodillan.)

LEÓN (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Poncio, despierta!

P. MORAL (Despertándose y asomando la cabeza por entre las faldas de la mesa.) ¿Qué es esto?

HUGO (Con solemnidad.) ¡Salve!

TODOS (Arrodillados.) ¡Salve!

P. MORAL (Saliendo de la mesa, arrodillándose y santiguándose.) ¡Salve... reina y madre!...

HUGO (Levantándose. Todos le imitan.) *¡Errare humanum est!* ¡Perdón, Poncio!

P. MORAL ¡Pero qué dice este clérigo!

EDUAR. ¡Don Poncio! Perdóneme usted... He sido algo ligero.

P. MORAL Un 40 H. P., don Eduardo.

SEV. ¡Don Poncio! Pégueme usted si quiere. Antes obré creyendo lo que no era... ¿Le hice a usted mucho daño?

P. MORAL Creí que había sido al revés.

HUGO (Viendo a don Max sollozar como un niño.) ¡Pero qué veo! Señor, ¿por qué se desconsuela?

MAX Es que había tomado un gran apegamento a iste menino.

NAR. ¡Adiós, Poncio!

P. MORAL ¡No, Nardita! Usted no se va y don Max, menos. Ustedes se quedan, porque si ustedes se me van, dejo lo que más amo en el mundo, que es mi cátedra, y me hago domador y me voy con ustedes a Lisboa.

MAX ¡Ponciño!

NAR. ¡Poncio!

P. MORAL Durmiendo ahí debajo de la mesa, hecho una pescadilla, me he convencido de que yo no puedo vivir sin usted... ¡Don Eduardo!... Vaya a encargar la Marcha Nupcial del Tanhauser y que se la den buena, que es para mí...

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Antonio Estremera

Libros usados. (1) Humorada lírica, original, con música de Revilla y Ruiz de Arana. (Teatro Moderno.)

El hijo de Doña Urraca. (2) Opereta en un acto, original, música de D. Ruperto Chapí. (Teatro de la Zarzuela.)

El hombre pañuelo. (3) Humorada lírica en un acto, original, música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro de Novedades.)

El bajo cantante. Juguete cómico en un acto, en prosa y original. (Salón Nacional.)

La reina del tango. (4) Entremés lírico con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Coliseo de la Flor.)

El hogar alegre. Pasillo cómico en un acto y original. (Príncipe Alfonso.)

La pepita de oro. (3) Zarzuela en un acto, música de Ribas y La Viña. (Teatro de Novedades.)

El reloj de arena. (3) Fantasía lírica en un acto, música de D. Rafael Calleja. (Teatro Price.)

El Gran Duque Simple IV. (2) Opereta en un acto con música de D. Tomás Barrera. (Teatro Price.)

Juego de amor. (3) Opereta vienesa en tres actos, traducida y adaptada. Música de Englander. (Teatro Price.)

El padre Cirilo. (3) Humorada lírica, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro Price.)

Las cuarenta horas. Pasillo cómico, original. (Teatro Cervantes.)

Pan de Viena. Caricatura lírica con música de D. Rafael Calleja. (Teatro de la Zarzuela.)

El statu quo. Inocentada lírica en colaboración con el maestro Calleja. (Teatro Cómico.)

El gran demócrata. Zarzuela en un acto con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro Cómico.)

El chic parisién. (3) Opereta en un acto con música de Englander. (Teatro de Apolo.)

El alma del león. (5) Fantasía lírica con música de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro de la Comedia de Buenos Aires.)

Cuento sinfónico. Monólogo en verso, adaptaciones musicales de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro Español.)

El día y la noche. (6) Vodevil en tres actos y en prosa.

El templo de Cupido. Comedia vodevilesca en tres actos, en prosa y original. (Teatro del Vodevil.)

Las mujeres de teatro. Comedia en tres actos, en prosa y original. (Teatro de la Zarzuela.)

La reina alegre. Humorada cómico-lírica en un acto, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro de Novedades.)

Las medias caladas. (7) Humorada cómico-lírica en un acto con música de los maestros Alonso y Ribas. (Teatro del Buen Retiro.)

Agua de Borrajas. (8) Juguete cómico en tres actos y en prosa. (Teatro Lara.)

---

(1) En colaboración con Emili Sáenz.
(2) Idem con Miguel Chapi.
(3) Idem con Luis Candela.
(4) Idem con Antonio Candela
(5) Idem con Eduardo Montesinos.
(6) Idem con Luis de Olive.
(7) Idem con José Sabau.
(8) Idem con Luis Linares Becerra.

Obras de Luis Linares Becerra

TEATRO

Los dos cienos, drama en tres actos y en verso.
Gloria á Cervantes, apropósito en nn acto y en verso.
Granete, juguete cómico en un acto y en prosa.
La canción de la bruja, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
Alma negra, (5ª edición) drama lírico en un acto, dividido en un prólogo y tres cuadros, en verso y prosa.
El calor del nido, sainete en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
El belén nacional, revista de espectáculo, en un acto y sei cuadros.
Corazón serrano, drama lírico en nn acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Entre tejas, entremés.
La nubecita, comedia en un acto.
El castillo de las águilas, drama lírico en un acto y cuatro cuadros, en verso.
Como las flores, comedia en un acto y en prosa.
Los ojos vacíos, episodio histórico en un acto y cinco cuadros
¡A ver si va á poder ser!, revista de gran espectáculo en cinco cuadros.
Las estrellitas del cielo, sainete en un acto y cuatro cuadros
El clown bebé, (3.ª edición) comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa.
El pueblo soberano, drama en cuatro actos y en prosa.
El amor al prójimo, sainete en un acto.
Sor Angélica, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa.
¡Qué te quieres apostar! revista de gran espectáculo, en un acto y cinco cuadros.
Sobre todas las cosas, comedia lírica en un acto.
Y sigue la vida!... drama en un acto y en prosa.
Los angeles mandan, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El cuento del Dragón, (4.ª edición). comedia lírica en un prólogo y dos cuadros, en verso y prosa.
Los lugareños, opereta en un acto y tres cuadros, arreglo del alemán.
El amigo de la casa, sainete en un acto.
Los pantalones de mi mujer, vaudeville en dos actos y en prosa.
El buen amor, comedia en dos actos y en prosa.
Los marinos de papel, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El poco juicio, sainete en un acto y cuatro cuadros.

El gran simulacro, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros.
La escuela de las cortesanas, poema erótico en un acto, en verso y prosa.
La casa del Sultán, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El barrio latino, opereta en tres cuadros.
La gente baja, tres actos.
El angel bueno, cuatro actos.
El puente de los crímenes, cuatro actos.
La desertora, cuatro actos, traducción de Brieux.
La benjamina, cuatro actos, traducción de Tristán Bernard.
Los cinco, cuatro actos y un prólogo.
El secreto de la biblioteca, tres actos.
La reina juguete. Comedia lírica en dos cuadros.
El tinglado de la farsa. Comedia lírica en tres actos, en prosa y verso.
La corte del terror, drama en cuatro actos.
El guante rojo, drama en cuatro actos.
El fantasma negro, drama en cuatro actos.
Agua de Borrajas, juguete cómico en tres actos.

POESÍAS

Canciones rebeldes. Prólogo de Salvador Rueda.
La fuente perdida. (En preparación.)
Asturias. Poema en dos cantos.

OBRAS DIVERSAS

Estudio económico de la Isla de Cuba. (Publicado por la Real Sociedad Geográfica.)
Cómo se hacen las cosas. Prólogo del Doctor A. González. Sociedad editorial Hispano Americana. París.
La voz del Oriente. Estudio literario y filosófico de Egipto y la India. Prólogo del Doctor López Atocha.
La bondad en la enseñanza y en el arte. Conferencia perteneciente al curso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
El teatro de policías, conferencia pronunciada en el teatro del Gran Capitán, de Córdoba y publicada por *Teatro Mundial.*
Osma, estudio geográfico e histórico publicado por la Real Sociedad Geográfica.
Canciones y cantares, estudio acerca de la canción española.
La escuela rural en Castilla.

EN PRENSA

La samaritana y *En olor de santidad.* (Narraciones sentimentales).
El mar latino. Viajes por Francia e Italia

Precio: DOS pesetas